



muere, querido lector

CURTIS GARLAND



COLECCION

PUNTO ROJO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

CURTIS GARLAND

**MUERE,
QUERIDO LECTOR**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 621
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

Déposito legal: B 100 - 1974

ISBN: 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: marzo, 1974

© CURTIS GARLAND - 1974
texto

© DESILO- 1974
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.231. — La ejecución será a las seis.

En Colección PUNTO ROJO:

618. — Mi última novela.

«Cuanto más se incrementa la masa de novelas policíacas, más se multiplica la impresión de haber leído algo parecido anteriormente. Pero mi experiencia como lector me permite afirmar que, por encima de los parecidos, siempre hay lugar para las renovaciones.

»Fereydoun Hoveyda, *Histoire du Roman Policier*».

A ti, lector, quienquiera que seas. Con el ruego de que perdones la pequeña «broma» inicial de esta novela. Y no la tomes demasiado en serio... no vayan a procesarme por asesinato en primer grado. Cordial y «mortalmente» tuyo,

EL AUTOR

P. D. —Lo malo es que... *no es una broma.*

¡Cuidado, lector!

Tienes en tu mano un libro que puede terminar con tu vida. Has pasado ya unas páginas. Y también la portada... Empiezas a leer esta primera página...

Simple, ¿no? Muy simple. Casi rutinario. Y, sin embargo, lector, acabas de firmar tu sentencia de muerte. Vas a morir. Has sido asesinado... por un libro.

¿No lo crees? Lo suponía. ¿Sonríes irónicamente y te burlas de lo que consideras una broma pesada del autor? Era de prever.

No voy a discutir contigo, lector amigo. Ya no vale la pena. Te queda tan poca vida ya...

Mira tus dedos. Tus manos. ¿Notas algo especial en ellas? Sí, ¿verdad? Claro que lo notas. No te hagas ilusiones, engañándote a ti mismo. Estás empezando a darte cuenta de ello aunque pretendas negarlo.

Sí, querido lector. Eso es sólo el principio. El principio de tu fin. Y yo, el libro que tienes en tus manos, soy tu asesino.

No, no puedes hacer nada. No te exaltes. ¿Ese frío sudor de tu frente? Es inevitable. Como todo lo demás. Lo que vendrá luego. No te molestes en coger el teléfono y llamar a un médico o a la policía. No vale la pena. Además, se reirían de ti. ¿Quién puede creer que un libro sea *un asesino*? Nadie, desengáñate...

Oh, sí. *Tú*, sí. Tú empiezas a creerlo. Y al volver otra página, y otra, y otra, la muerte es cada vez más inexorable...

Pero sigues leyendo. Sigues como fascinado, preguntándote acaso *cómo* sucederá...

Pronto lo sabrás.

Pronto, querido lector... vas a morir.

Lee.

Lee... y *muere*.

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Nombre?

—Dennis Doyle.

—¿Británico?

—De Liverpool. Cuarenta y seis años. Ingeniero electrónico. Trabajaba en British Electronic Incorporated.

—¿Causas del fallecimiento?

—Fallo cardíaco, en apariencia. La autopsia resolverá. El médico forense prefiere estar completamente seguro de las causas de la muerte antes de emitir un diagnóstico definitivo. Aunque no se esperan problemas, dada la circunstancia de su muerte.

—Sí, por supuesto. Solo, encerrado en su biblioteca, sin nadie en casa, con puertas y ventanas cerradas... No parece que puedan existir complicaciones. ¿Por qué quiere el forense practicar la autopsia? Tal vez la familia no lo vea bien...

—Ha hablado con el médico de cabecera del fallecido, antes de resolver. Le confirmaron que Dennis Doyle no padecía en absoluto del corazón. Jamás tuvo fallo cardíaco alguno, ni lo hacían prever sus radiografías, electrocardiogramas y demás chequeos médicos inmediatos.

—Entiendo. Es una medida prudente, aunque quizá innecesaria, sargento Muldigan, dada la imposibilidad de que existan otras posibilidades de muerte que las puramente naturales: un recinto cerrado, una apacible lectura, un lugar donde solamente podía estar el difunto... y nadie en la casa durante el fin de semana.

Sean Muldigan se encogió de hombros. Su pesada figura caminó por la biblioteca, de estanterías repletas de volúmenes bien encuadernados, y su voz sonó con su peculiar y fuerte acento galés:

—Estamos de acuerdo, superintendente. Pero vale más no dejar nada al azar. Y cuando el forense lo decide, que él resuelva en definitiva.

El superintendente Ralph Allen, de New Scotland Yard, asintió pensativo, estudiando el recinto, confortable y sobrio, con sus anaqueles de libros, con su chimenea de mármol, con sus muebles forrados de cuero, con sus cuadros, reproducciones de Gainsborough y de Reynolds.

En la casa de Dennis Doyle, todo parecía clásico y solemne, apegado a las viejas costumbres inglesas, profundamente tradicional y sin modernismos gratuitos. El propio muerto, parecía mayor de aquellos cuarenta y seis años de edad, con su reciedumbre física, sus abundantes canas y su aire burgués, retrepado en la butaca, ante la mesa de lectura, con un volumen de encuadernación en cuero rojo oscuro, casi granate, con rótulos y adornos dorados. Un libro más entre tantos otros, pensó el superintendente Allen, pasando por encima de todos aquellos detalles su mirada distraída, casi mecánica. Observó que el volumen abierto ante la víctima estaba en sus inicios, acaso en su primera o segunda página de texto impreso, tras las iniciales de títulos y presentación.

Pero el superintendente Allen no se fijó en más detalles, y menos aún se le ocurrió siquiera echar una ojeada a la lectura del hombre muerto. Eso no hubiera tenido objeto, en este caso, ante una muerte rutinaria, posiblemente provocada por aquel colapso cardíaco que el médico de cabecera ponía en duda. Sin embargo, era habitual que en la actualidad las gentes más saludables sufrieran cualquier día un infarto o algo similar, motivado por tantos y tantos problemas como existen en el mundo de hoy: prisas, nerviosismo, trabajo excesivo, contaminación, angustia vital...

Sí. La muerte de Dennis Doyle, en su confortable casa londinense, no parecía ofrecer excesivos problemas a la policía, salvo por su repentino acontecer.

Al menos ésa fue la idea primitiva de New Scotland Yard y sus hombres, cuando se enfrentaron al principio de un enigma que iba a rebasarles de modo absoluto e increíble, no tardando mucho.

Y que comenzó, simplemente, con un presunto fallo cardíaco de un hombre burgués, bien situado social y económicamente, dentro de su cerrada biblioteca, en una casa solitaria, y sin nadie en absoluto cerca de él, con puertas y ventanas cerradas.

El eterno problema policíaco de todos los tiempos, llevado desde la literatura misma hasta el terreno de la realidad.

Acaso de la más insólita forma imaginable para un rutinario policía londinense, por mucha que fuese su inteligencia profesional...

El doctor Neil Warden, médico forense, entregó el documento oficial al superintendente Allen. Éste le echó una ojeada rápida, esperando el simple trámite antes de firmar y sellar en su oficina el resultado de la autopsia.

Inmediatamente, se irguió en su asiento, elevando los ojos con asombro hacia el médico.

—¿Eh? —estalló—. ¿Qué dice aquí, doctor?

—Lo que usted ve, señor —dijo apaciblemente el forense, con un suspiro.

—Pero... ¡pero usted consigna la palabra ASESINATO al final de su informe!

—Sólo posible asesinato. O suicidio. O accidente, superintendente Allen —rectificó con tono tranquilo el médico—. Pero algo es evidente: no ha sido un fallo cardíaco lo que detuvo el corazón y la vida de Dennis Doyle... sino el veneno.

—El veneno... ¿Qué veneno, doctor? —jadeó el policía, aturdido aún.

—Ahí leerá una forma técnica de definirlo. Digamos, en términos vulgares, que es un derivado de un veneno tropical, un combinado químico de un tóxico de reptil potenciado al máximo. Su simple contacto con la sangre, en una sola gota, inapreciable a simple vista, significa la muerte cierta. Así murió Dennis Doyle, superintendente.

—Un veneno... Pero el diagnóstico inicial era de ataque cardíaco...

—Cualquier veneno puede dar lugar a ese error, a simple vista. Si yo hubiera sido el médico de cabecera, hubiese certificado la muerte por causa del corazón, Doyle hubiera sido enterrado... y amén. Pero el hecho de que nunca tuviese problemas cardíacos, me hizo investigar a fondo la cuestión. La autopsia ha dado resultado positivo. Todos los venenos, prácticamente, contribuyen al paro cardíaco mortal. Éste, en mayor y más rápido grado. Podríamos decir que fue instantáneo. O que tardó en producir la muerte cosa de unos breves segundos, no más de veinte o treinta.

—Eso significa que... fue directo a la sangre, y no ingerido por

vía bucal.

—Exacto. Directo a la sangre. No había residuos en el estómago.

Ralph Allen, superintendente de policía de New Scotland Yard, adscrito a Homicidios, enarcó las cejas pensativo. Sacudió la cabeza, como si hubiese algo en todo ello que no entendiera bien del todo.

—Espere, doctor —habló—. ¿Pretende decirme que... no tomó veneno, bebiendo o comiendo alguna cosa?

—Por supuesto.

—Eso significaría... una inyección directa a una arteria.

—Más o menos —sonrió débilmente el doctor Warden.

—¡Pero eso es imposible! Tenemos el recinto cerrado, la ausencia de gente, la llave por dentro de la puerta de la biblioteca, la ventana asomada al jardín interior de la finca herméticamente cerrada, donde no hay la menor huella de un merodeador...

—Recuerde las novelas policíacas, superintendente —sonrió de nuevo el forense—. Un recinto cerrado, un crimen imposible...

—Oh, claro —refunfuñó con ira el policía—. Gastón Leroux y su *Cuarto Amarillo*... Eso sólo puede darse en una obra imaginada por un escritor, no en la vida real [1].

—Pues parece que se ha dado, superintendente. El caso es suyo, no mío. Yo, con mi diagnóstico, he terminado mi trabajo en él.

—Espere. Aquí no indica lugar alguno donde pudiera haberse inyectado el supuesto veneno letal...

—De «supuesto», nada, superintendente. Se le inoculó directamente el veneno en una arteria, una vena, o simplemente en la piel, donde cualquier ramificación venosa lleva ese producto mortal al corazón. No hay heridas, ni señales de inyección. Sólo leves punzadas, las cuales, en su epidermis, he examinado atentamente. Todas fueron producidas por mosquitos. He comprobado que los hay en su jardín posterior. Pero ninguno posee un veneno de reptil capaz de matar a un hombre en pocos instantes, ésa es la verdad.

—Picaduras de mosquito... ¿Y ninguna puede ser... otra cosa?

—Ninguna. He examinado más de una veintena. Hay varias más, pero imagino que son idénticas. Al menos, lo parecen. Eso nos llevaría tiempo inútil. Y quizá un resultado nulo. No se puede deducir por dónde llegó el veneno. Desde luego, señal indudable de su origen, no hay.

—¡Perfecto! —masculló con ira el policía—. Recinto cerrado, imposibilidad material... y un veneno que llega por la nada, y entra sin dejar señal en una piel humana. ¿Eso es lógico, doctor?

—No —suspiró el forense, encaminándose a la salida del despacho—. Pero ya se lo dije, superintendente: este caso es suyo...

El funeral terminó en esos momentos.

El pequeño y cuidado cementerio de Burial Garden, en Saint John's Wood, frente a Regent's Park, no registraba una excesiva afluencia.

Un reducido número de invitados, familiares y amigos, rodeaban el lugar donde había sido inhumado el cadáver de Dennis Doyle, fallecido por la acción de un veneno de víbora tratado químicamente e inoculado de modo misterioso a la víctima.

La presencia de dos agentes de policía a la entrada del cementerio, y del propio superintendente Allen entre los presentes a la triste ceremonia, hacía recordar a todos la existencia de un desagradable hecho de tipo judicial. Y, de modo inevitable, todos se miraban entre sí con cierto recelo, en especial los parientes del difunto, aunque la fortuna de éste no hiciera pensar en un posible móvil para el asesinato.

Sin embargo, Dennis Doyle tenía un cargo importante en un centro electrónico dependiente del Gobierno, cobraba un buen sueldo, y sus ahorros y la propiedad de su casa podían haberle bastado a un asesino para llevar a cabo su crimen frío y deliberado.

Cuando menos, éstos eran los pensamientos del superintendente Allen, mientras asistía a la ceremonia póstuma en Burial Garden. Su mirada inquisitiva, penetrante, iba siguiendo a cada uno de los presentes en sus más mínimos gestos, actitudes y movimientos, aunque sabía por experiencia que nadie iba a delatarse en semejante momento, y que el tipo capaz de matar de modo tan refinado, no sería fácil que perdiera la serenidad y se desenmascarase ante él.

De cualquier modo, siguió contemplando a los presentes, con aspecto aparentemente aburrido y rutinario, mientras hurgaba distraídamente con la contera de su paraguas en la tierra húmeda del cementerio, y el ala de su bombín negro protegía a sus ojos de la observación atenta y desconfiada de algunos de los asistentes al acto.

Doyle no era casado ni tenía hijos. Pero sí tres sobrinos, una hermana y un primo lejano, con un hijo. Todos estaban allí. El superintendente ya había averiguado sus nombres, sus dedicaciones y cuántos informes personales precisaba New Scotland Yard para clasificar someramente a los posibles implicados en el caso criminal... si es que realmente era un crimen, y todo aquello no respondía a algún lamentable accidente, puesto que la teoría del suicidio estaba por completo descartada. Doyle era católico, amaba la vida, no tenía problemas financieros ni sentimentales, y ni siquiera había dejado escrita carta alguna al morir, estando dedicado a la sencilla tarea de leer un libro, cuando le sorprendió bruscamente la muerte.

Había algunos amigos del difunto: un caballero regordete, de sonrosadas mejillas y ojos muy azules, vestido impecablemente de gris, otro bastante alto, rubio claro, pajizo casi, de ojos claros, pero no tan alto como el arrogante joven de cabellos oscuros, mirada profunda, de un gris intenso y rostro enjuto y enérgico, vestido deportivamente con un *tweed* marrón y pantalón *beige*. Su calzado también era marrón. Fumaba cigarrillos de papel color tabaco, con boquilla dorada, hechos sin duda especialmente en Bond Street por algún fabricante de cigarrillos a particulares. Hombre rico y caprichoso, sin duda, aunque tenía aspecto de deportista o de joven despreocupado, artista quizá. Su cabello era largo, a la actual moda masculina, pero muy cuidado, liso y limpio.

También observó la presencia de dos damas vestidas sobriamente de gris perla una, y de negro y gris la otra. Ambas jóvenes, especialmente la primera, deliciosamente pelirroja... y deliciosamente atractiva de figura y de rostro, a juicio del superintendente Allen, que también se creía una autoridad en la materia.

Suspiró cuando el sacerdote terminó su breve oración, y las personas asistentes al acto comenzaron a dispersarse hacia la salida del cementerio a Wellington Road y Park Road, por la iglesia de su muro frontal.

Se aproximó calmoso a los tres caballeros que abandonaban juntos el cementerio: el más bajo y rollizo, de mejillas rosadas y ojos azules, y los dos altos, el rubio y el moreno de ojos grises y cigarrillos marrón y oro.

—Buenos días, caballeros —saludó, cortés—. Soy el superintendente Allen, de Scotland Yard.

—No sería justo decirle que es un placer conocerle —habló el hombre grueso—. En estas circunstancias, no hay nada agradable ni placentero, superintendente.

—Lo sé. Tampoco es correcto que me acerque a molestarles en tal momento, pero aunque tengo hecho un esbozo de la mayoría de los asistentes y su relación con el difunto, no he logrado todavía identificar a ninguno de ustedes tres. ¿Eran amigos de Dennis Doyle?

—Amigos, sí —afirmó el hombre rubio y alto—. Tanto el señor John L. Biggers, como mi gran amigo y camarada Richard Canary, eran amigos de Doyle. Y yo, Wade van Dine, también.

Y señaló, respectivamente, al más bajo y al más alto del grupo, al citar sus nombres. Este último se inclinó, con una sonrisa cortés.

—Cierto, superintendente. Aunque mi amistad con Doyle era muy superficial, sí soy muy amigo de los señores que me acompañan. Por ellos estoy aquí, en realidad, puesto que apenas si traté en vida a Doyle.

—Comprendo —mentalmente, con gran agilidad de retentiva, el superintendente grabó los nombres y relación de los tres hombres con el fallecido. Tras una breve pausa, indagó—: ¿Y saben ustedes las causas de su defunción, caballeros?

—Nos lo comunicó la familia —se estremeció el gordito Biggers—. Es horrible...

—Horrible e incongruente —manifestó Van Dine—. No logro entender lo sucedido. Doyle no era ningún ser perfecto, ni creo que lo seamos nadie, pero carecía de enemigos, que yo sepa. La verdad, no me lo explico.

—No hemos descartado la posibilidad de un accidente, aunque sea muy remota. Pero la verdad es que también lo es el hecho mismo de un crimen, en un lugar herméticamente cerrado por dentro, y donde estaba él solo, leyendo apaciblemente.

—¿No hay una chimenea, superintendente?

La réplica aguda hizo que el policía girase con rapidez sus astutos ojos hacia el que hiciera la pregunta. Se encontró con unas pupilas, grises y profundas, fijas en él, y una sombra de sonrisa suave en los labios del alto joven vestido deportivamente.

—Lo hemos investigado —sacudió la cabeza Allen, sin desviar sus ojos del joven Canary—. Nadie entró ni salió por esa chimenea, al menos en cinco años. Posiblemente sea ésa una ocasión en que trabajó un deshollinador. Pero es todo lo que comprobamos. De todos modos, su sugerencia ha sido muy inteligente.

—Oh, creo que era algo elemental, como hubiera dicho alguien —rió entre dientes el joven, encogiéndose de hombros—. ¿Habló usted de la posibilidad de un accidente?

—Sólo una muy remota posibilidad, no confirmada, de que el señor Doyle pudiera haberse aplicado a sí mismo algún medicamento, o cosa parecida, utilizando por error un veneno mortal de tremenda virulencia.

—Si está sugiriendo que Doyle podía inyectarse morfina o alguna otra droga, olvídelo, superintendente —terció John L. Biggers, sacudiendo la cabeza. Su rostro sonrosado enrojeció algo más por el disgusto o quizá la indignación de tal sospecha—. Él jamás se drogó ni era partidario de semejantes cosas.

—Es cierto —apoyó el rubio y desgarrado Wade van Dine—. Nunca se podría sospechar algo así de Dennis.

—No pretendí sugerir tal posibilidad, caballeros —les calmó Allen, saliendo ya a la calle, bajo la puerta de arco gótico de la iglesia de Burial Garden—. También cabría en lo posible que el difunto hubiera tenido consigo algo procedente de un país exótico, un pequeño instrumento, como una flecha, un dardo o cualquier cosa punzante, embadurnada en veneno mortal, sin él saberlo, y que al arañarle le provocase la muerte. Pero de momento, no hemos dado con nada que responda a esa posibilidad. Y seguimos buscando.

—Doyle no era aficionado a coleccionar objetos de las colonias, pongamos por caso, ni de ningún país de la mancomunidad británica que hubiera visitado —rechazó Van Dine.

—Entonces, la hipótesis del crimen cobra mayor fuerza —suspiró Allen.

—Desgraciadamente, sí —afirmó con voz grave Richard Canary, entornando los ojos grises—. Un crimen inexplicable. Pero un crimen, a fin de cuentas...

CAPÍTULO II

El superintendente Ralph Allen repasó la lista de nombres, y los datos apuntados junto a cada uno de ellos.

Pasó por alto los nombres de los familiares, que ya estaban respondiendo a todos los interrogatorios de rigor, y siendo minuciosamente investigados por Scotland Yard. Se fijó, muy especialmente, en tres de los nombres:

Richard Canary.

Wade van Dine.

John L. Biggers.

Y leyó minuciosamente lo que se indicaba junto a cada uno de esos nombres. No era mucho, pero sí lo suficiente para el Departamento de Homicidios de Scotland Yard.

RICHARD CANARY. Veintiocho años. Exjugador de fútbol, *rugby* y actual jugador de *cricket* y golf. Buen jugador de ajedrez también. Profesión habitual: novelista. Género cultivado: intriga policíaca. Seudónimo con el que escribe: Lester De Camp. Buen éxito como autor. Buenos ingresos. Publica, preferentemente, en London Publishing Co. Guiones de televisión para la British Broadcasting Corporation con alguna frecuencia. Económicamente, bien situado. Heredó una fortuna de quince mil libras de su padre, George Canary, miembro del Intelligence Service durante la Segunda Guerra Mundial. Inmejorables informes personales. Soltero.

Suspiró, pasando al segundo personaje del informe personal:

WADE VAN DINE. Treinta y cinco años. Carrera diplomática terminada. Trabaja para el Foreign Office como observador en el extranjero con cierta frecuencia. Sueldo inmejorable, referencias excelentes, como es lógico en el personal especializado al servicio del Gobierno. Casado. Su esposa, Doris van Dine (de soltera Doris Bishop), de treinta años, bella y atractiva, trabajó en el Almirantazgo hasta casarse. Sin actual ocupación laboral, pero colabora en varias revistas femeninas como experta en decoración y cocina. Matrimonio bien avenido, costumbres morigeradas. Buena amistad con Dennis Doyle. Grandes amigos de Canary.

Finalmente, examinó el informe del tercer hombre de su breve lista:

JOHN L. BIGGERS. Cuarenta años. Funcionario en Government Offices. Rutinario pero eficiente en su trabajo de archivo y control. Sin familia. Amigo de Van Dine y de Doyle. Miembro, como ellos, de un club de solteros privado, al que Van Dine, lógicamente, ya no pertenece desde su boda con Doris Bishop, hace tres años. Buena posición económica, vida sin complicaciones. Bebe poco, y cuando lo hace, es a base de buenos vinos en las comidas, buen *brandy* o una copa de oporto. Siempre con medida. Aficionado a las carreras de caballos y algunos deportes, como el golf. Excelentes referencias personales, sociales y morales.

Cerró de golpe la carpeta de plástico, rotulada con el nombre genérico de *DOSSIER* VENENO DE REPTIL. Sacudió la cabeza, casi con enfado.

—¡Inmejorables, excelentes referencias! ¡Todos son honrados, todos son honestos y todos están fuera de sospechas! ¡Nadie tiene motivo alguno para matar a nadie, y todos son amigos! Al diablo con todo esto. Tuvo razón ese hombre, Van Dine: no tiene sentido. Todo es incongruente...

Se incorporó, irritado, paseando por su despacho de New Scotland Yard, el edificio policial de Victoria Embankment. Se

asomó a la ventana amplia, abierta al Támesis y al puente de Westminster. Clavó los ojos, pensativos, sin ver siquiera el edificio que contemplaba, en Saint Thoma's Hospital, al otro lado del río.

Y se preguntó por qué un hombre acomodado, de excelente posición, con excelentes amigos y excelente mundo en torno, había sido fría y diabólicamente asesinado... en la soledad de un recinto cerrado, dentro del cual nadie podía haber cuando tuvo lugar su muerte.

Sin embargo, el forense era concreto: sólo treinta segundos podían mediar, como máximo, entre la inoculación del veneno y su efecto mortal.

—¿Cuál es la explicación, si la hay? —masculló con disgusto el superintendente Allen—. ¿Cuál...?

Wade van Dine encendió su pipa de madera tallada, excelente muestra de la artesanía inglesa en la materia, y el buen tabaco dorado, de fina hebra, ardió con aromático humo azul al contraluz de la lámpara del gabinete de trabajo del hombre que se especializara en temas internacionales y diplomáticos, al servicio del Foreign Office en la actualidad.

Doris le besó suavemente, tras ponerse en pie, dominando un leve bostezo.

—¿Te quedas aún, querido? —preguntó con su dulce y educada voz de acento cultivado en Oxford.

—Sí, cosa de una hora —sonrió su marido, devolviéndole el beso con un roce tierno en los labios, y acariciando con su firme mano nervuda los cabellos de ella, de un dorado mucho más oscuro que el de él. Luego, acomodó su larga figura ante la chimenea encendida y exhaló el humo de la pipa mecánicamente. Señaló una carpeta, una serie de cartas y paquetes postales de reducido tamaño, y su pequeña máquina de escribir portátil, color azul metálico—. Sólo escribir dos cartas urgentes, revisar el correo y repasar unos documentos, antes de firmarlos para la entrega mañana, en la oficina. La muerte del pobre Doyle ha trastornado un poco nuestro ritmo de vida: el tuyo y el mío, Doris.

—Pobre Dennis... —musitó ella, sacudiendo la cabeza con pesar. Sus ojos pardos revelaron disgusto—. Todavía me cuesta hacerme a la idea terrible de que ya no existe, con su vitalidad, su eterna sonrisa, su aire de hombre de vuelta de todo...

—Pues así es, Doris. No existe. Hemos perdido un viejo amigo común. Y, como dijo Dick, parece que ni siquiera en el momento de su muerte perdió el sentido del humor, pese al impacto que debió representar la punzada cardíaca de la muerte cuando el veneno frenó la actividad del corazón.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué es lo que hizo decir a Dick tal cosa?

—Se intrigó Doris, parándose muy cerca ya de la puerta del gabinete.

—Bueno, ya le conoces. Como escritor de novelas policíacas y programas de intriga para la televisión, Dick es, un tipo curioso y observador[2]. Estuvo en el funeral y vio el rostro de Dennis, antes de que cerrasen el visor de vidrio de la tapa de su féretro de lujo. Él afirma que, con el rictus de dolor, se mezcla una especie de sonrisa, una leve mueca irónica, como si el muerto se burlara de algo en el momento de morir...

—Nadie se burla de la muerte cuando la recibe —dijo Doris, impresionada—. Ni siquiera Doyle lo hubiera hecho. Amaba demasiado la vida para una cosa así, pese a su carácter irónico y su sentido del humor.

—Yo no aprecié tal rictus de burla en el muerto —confesó Wade, encogiéndose de hombros—. Mi imaginación no llega a tanto. Ni tampoco la de Biggers, que iba conmigo. Pero Dick debe ir más allá en sus observaciones. O peca de imaginativo, o realmente aquella crispación de los labios de Dennis era casi una sonrisa, no sé.

Doris se limitó a mover un poco la cabeza, con aire de duda.

—Dick siempre será igual —casi sonrió—. Pura imaginación al servicio de una mente capaz de ver algo insólito y misterioso en lo más rutinario y vulgar... Bien, cariño, no tardes en subir. Posiblemente esté dormida para entonces, pero me gusta saber cuándo me duermo que enseguida voy a tenerte a mi lado...

—Ya sabes que no me demoraré un minuto más de lo preciso —prometió Wade, risueño.

Ella cerró la puerta. Subió a su habitación. Cuando el rumor de sus pasos se perdía escaleras arriba, Wade van Dine introducía un folio en el rodillo de su máquina, y comenzaba a teclear, iniciando la primera carta.

A su lado, varias cartas aguardaban a ser abiertas y leídas. Y también tres paquetes postales y dos voluminosos impresos en sobre

de papel color ocre fuerte.

Uno de los paquetes postales tenía la forma de un libro no muy grueso, de unos catorce centímetros de ancho por veintiuno de largo, y no más de cuatro de grueso.

Estaba dirigido a su nombre, con las señas correctas, mecanografiadas. Y en un membrete que rezaba:

POPULAR BRITISH ASSOCIATED PUBLISHERS, INC.

De momento, Wade no abrió aquel envoltorio postal, en cuyo papel rezaba el sello de una agencia distribuidora de material impreso a domicilio.

Pero más tarde lo haría, con el correo restante. Cuando hubiera hecho todo lo demás. El reloj de pie, Victoriano, bien cuidado y conservado, desgranó once campanadas con su suave, musical carillón.

Aproximadamente cuarenta y cinco minutos más tarde, antes de la medianoche, un grito apagado brotó de labios de Wade van Dine, sólo en su gabinete de trabajo, mientras arriba, en su lecho, dormía apaciblemente su esposa. Nadie oyó ese grito en la casa de los Van Dine. Nadie acudió a la ronca, susurrante demanda de imposible auxilio que partió de los amoratados labios de un Wade van Dine súbitamente atacado por la invisible forma de la muerte...

Sus dedos resbalaron, amoratándose también por momentos, hinchados y oscurecidos, sobre la página de un libro recién abierto.

Las últimas palabras de un texto inicial bailotearon como seres vivos y horripilantes en las vidriadas pupilas de un hombre que agonizaba rápidamente, emitiendo un largo, ahogado, trémulo estertor...

«Pero sigues leyendo. Sigues como fascinado, preguntándote acaso cómo sucederá...

»Pronto lo sabrás.

»Pronto, querido lector, vas a morir.

»Lee. Lee... y *muere*».

Y Wade van Dine, cuando terminó de leer... estaba muerto.

—¡Muerto!

Richard Canary pegó un salto en su asiento. Muy pálido, se irguió, contemplando con estupor a quien acababa de darle la noticia.

—Sí, señor Canary. Parece que está usted perdiendo a sus amigos muy rápidamente... —suspiró con amargura el sargento Sean Muldigan, sin disimular su acento duro de Gales—. Al menos, eso es lo que comentó el superintendente Allen cuando lo supo.

—Doyle no era, exactamente, un amigo mío, sargento, sino un conocido —replicó con cierta sequedad Canary poniéndose en pie y dejando caer de sus manos los folios mecanografiados de su actual novela en período de realización. Se frotó las sienes con los dedos índice y corazón de ambas manos, antes de continuar con perplejidad, como hablando consigo mismo más que dirigiéndose al sargento de policía de New Scotland Yard, erguido ante él—: Es... ¡es inaudito, espantoso! Wade... Wade van Dine... muerto...

—Exacto. Muerto en su gabinete —el sargento bajó la cabeza, como si le interesara mucho ver el efecto de sus zapatos sólidos sobre la blanda alfombra azul cobalto—. Como el señor Doyle...

—¿Envenenado también? —jadeó Richard.

—Exacto. ¿Cómo lo supo? —indagó agudamente el sargento.

—Usted mismo lo dijo: «*Como* el señor Doyle». Él fue envenenado, ¿no?

—Bueno, yo me refería a... a que estaba solo, en su gabinete, trabajando...

—¿Solo? ¿Encerrado por dentro también? —preguntó rápido el joven escritor.

—No, exactamente. La puerta estaba abierta. Quiero decir que no se cerró con llave ni pestillo, pero la señora Van Dine la cerró al irse a dormir, sobre las once de la noche. A las doce, poco más o menos, según el forense, debió morir el señor Van Dine.

—Pobre Doris... —suspiró Richard—. ¿Cómo está ella?

—Puede imaginarlo —el sargento meneó la cabeza—. Parece destrozada, aunque es una dama muy serena y sin histerismos.

—Lo sé. Doris no es histérica ni violenta. Sabe controlarse, pero esto... —Los grises y sagaces ojos de Canary se entornaron, pensativos—. Sargento, ¿puede decirme cómo... *cómo* fue envenenado? ¿También... también con algún veneno de serpiente tropical?

—No lo parece, aunque falta el resultado de la autopsia. Señor Canary, esta vez el veneno penetró a través de la epidermis. Un gas, tal vez, no sabemos. Todo es extraño, incongruente.

—Incongruente... —repitió Canary, reflexivo—. No es la primera vez que se menciona esa palabra...

—Señor Canary, el superintendente quiere verle en su oficina lo antes posible. Por eso me rogó que viniese a buscarle personalmente.

—Sargento, ¿soy el sospechoso de turno? —dijo entre dientes Canary, con cierta amarga ironía.

—El superintendente quiere hablar con un amigo del señor Van Dine, no con ningún sospechoso —cortó con acritud el policía—. Eso es lo que él me dijo...

—Está bien —resolvió secamente Richard Canary—. Vamos, sargento.

—El superintendente no está aún —bostezó el hombre pálido y nervioso que aguardaba—. Deberá usted de esperar, como hago yo. Y llevo ya aquí casi una hora...

Richard Canary miró pensativo al hombre acomodado en la antesala del despacho privado del superintendente Allen, en el edificio ribereño de New Scotland Yard. Asintió luego, con calma, tomando asiento en otra butaca, frente al que hablara. Estaban solos los dos en aquella estancia, desnuda y algo fría.

El individuo pálido no era muy alto, pero su delgadez le hacía parecer de más elevada estatura. Tenía unos curiosos ojos claros, casi incoloros, redondos y fijos. El escaso cabello ralo, lo peinaba con flequillo sobre su amplia frente. Tendría unos cuarenta y seis o cuarenta y ocho años. Vestía de oscuro, con indudable elegancia. Era muy nervioso, y humedecía con frecuencia sus delgados labios con la lengua, velozmente.

—Esperaré —dijo Richard, cruzando sus largas piernas y echándose hacia atrás en el asiento. Prendió un cigarrillo, tras observar que su compañero de espera también fumaba, con evidente nerviosismo.

—Supongo que usted también viene por... por lo de Van Dine —musitó el otro, tras un momento de pausa tensa.

—Sí. —Richard le miró—. ¿Era usted amigo suyo?

—Lo fuimos hace tiempo —se encogió de hombros—. Desde que

se casó, nos veíamos poco. Ya sabe cómo son estas cosas. Pertenecíamos al mismo club de solteros. Ahora... ahora el pobre Wade está muerto, señor...

—Canary. Richard Canary. Yo también era amigo suyo. De ahora. Mi amistad data de su boda con Doris Bishop. Éramos todos buenos amigos desde antes de casarse, y la amistad siguió luego.

—Mi nombre es Queen. Sinclair Queen —explicó el otro, con su habitual nerviosismo, casi irritante—. Trabajamos juntos en el Centro de Energía Nuclear del Gobierno, antes de que él terminase su carrera diplomática y pasara al Foreign Office, señor Canary. ¿Usted también es funcionario gubernamental?

—No. Escritor —dijo Canary, sin aclarar más.

Hubo otro silencio. La mente de Richard, mente reflexiva, fría, lúcida y deductiva por naturaleza, siempre al servicio de los temas que abordaba en sus obras, trataba de relacionar entre sí algunos detalles que no veía claros, pero que, por alguna razón, flotaban en su mente sin concretarse.

Canary sabía que, recientemente, *algo* había golpeado su cerebro, chocándole. Algo poco común, algo significativo... pero que se le escapó casi en el acto. Y no sabía lo que era, pero estaba allí, cerca de él. En alguna cosa, en algún indicio, en algún hecho sorprendente que no era como debía de ser.

Richard Canary dejó de pensar en todo ello. Se abrió la puerta del fondo. El rostro apacible, risueño y cordial del superintendente Allen, que pese a su gesto de bienvenida, puramente sociable, ofrecía una mirada hosca y contrariada, asomó por el hueco.

—Por favor, caballeros, disculpen el retraso —dijo con aspereza mal disimulada—. Entren, se lo ruego. La autopsia me entretuvo más de lo previsto.

—¿Autopsia? —Tragó saliva con dificultad Sinclair Queen, entrando con Canary en el despacho del policía.

—¿Quiere decir que ya la llevaron a cabo, superintendente? —se extrañó Richard.

—Sí, señor —fue incisivo el policía, mirándole de soslayo—. Urgía llevarla a cabo. Pedimos permiso a la señora Van Dine, que no dudó en concederlo. Esa dama tiene una serenidad y un espíritu de colaboración admirable en una joven viuda en sus circunstancias...

—Doris es maravillosa, sí —aceptó Canary, seco—. ¿Por qué urgía tanto, superintendente?

—¿La autopsia? Muy fácil: el veneno era diferente esta vez. Acción directa a través de la piel. Pensamos en un gas o una sustancia. Absorbida por la epidermis, llegaba rápida a los centros nerviosos, paralizándolos con rapidez.

—Gas nervioso... —reflexionó sobresaltado Sinclair Queen—. Es horrendo...

—No, no era gas —rechazó Allen secamente—. Pudo serlo, pero se licuó. Era una especie de sustancia húmeda que penetró por los poros con una virulencia increíble.

—¿También un nuevo tóxico, superintendente? —Canary se frotó el mentón.

—Ningún tóxico es realmente nuevo. Se trata de diversos compuestos químicos sobre un producto letal por contacto epidérmico. Hay muchos, aunque su composición se altere en la forma requerida por el asesino.

—Asesino... —Se estremeció Queen, tragando saliva—. ¿Significa... que le mataron, entonces?

—No podemos pensar en otra cosa. Sobre todo, después de lo de Dennis Doyle. Son tan parecidas entre sí ambas muertes...

—Ya. —Canary se quedó apoyado en la pared del despacho, reflexionando—. ¿Cómo sucedió esta vez?

—En el gabinete de trabajo de su amigo. La señora Van Dine dormía. Él se quedó a trabajar. Hemos comprobado que escribió a máquina dos cartas oficiales de alguna urgencia. Que firmó unos documentos. Y que abrió el correo, algunos envíos postales... Entonces debió morir.

—Envíos postales... ¿Algún paquete, superintendente? —preguntó rápido Canary—. Recuerde los artefactos explosivos árabes e israelitas, últimamente...

—No, nada de nada. Solamente impresos, algunos libros, cartas y folletos... Eso era todo sobre la mesa. Todo normal. Se examinó, con resultado negativo.

—¿Otra vez como antes? ¿Ninguna huella de intruso, ninguna visita?

—Nada de nada. Si aceptáramos una persona sospechosa, esa única posible culpable sería inevitablemente... la señora Van Dine.

—¿Doris? —Canary hizo un gesto elocuente—. ¡Imposible!

—Nada es imposible —le rectificó fríamente el policía—. Si acaso, sólo improbable, que no es lo mismo.

—Doris no hubiera hecho jamás el menor daño a Wade. Es más, hubiese sacrificado su propia vida por él. Le amaba, aunque eso suene a pasado de moda en nuestro tiempo.

—Me limitaba a señalar una posibilidad, señor Canary. No acuso a nadie. Pero estando en la casa ambos, nadie entró en ella. Ni por la puerta principal, asegurada con cadena que no tocó nadie, ni por el jardín, que no muestra huella alguna, pese a que llovizó entre once y once y media, ablandando la tierra en parterres, césped y senderos. La doncella tenía su noche libre. De modo que...

—De modo que o fue culpable Doris van Dine... o *nadie* —recitó glacialmente Canary.

El superintendente le miró. Sus ojos casi chocaron como un acero contra el gris metálico del florete invisible emitido por las pupilas frías del joven escritor de relatos de misterio y de crimen.

—Para nosotros, la policía, la situación es ésa, crudamente descrita —concedió el hombre de Scotland Yard.

Un gesto de hostilidad asomó al rostro enérgico y anguloso del joven Canary. Por su parte, el funcionario del Centro Nuclear británico, Sinclair Queen, se limitó a sacudir la cabeza con énfasis y manifestar, escueto su tono:

—Es ridículo. Doris jamás haría nada parecido. Ni a su esposo, ni a nadie.

El superintendente examinó a ambos hombres con fijeza. Luego, se encogió de hombros, dejándose caer en su asiento, para manifestar al fin con acento cansado:

—No podemos decir que *nadie* lo hizo, caballeros. Siempre que hay un crimen, hay un criminal. Van Dine es hombre de medios económicos importantes. Deja una buena herencia.

—Superintendente, la familia Bishop es rica —replicó vivamente Canary—. Y Doris se llamaba Bishop, antes de casarse. ¿Cree que unos miles de libras más la empujarían hasta el crimen?

—¡Oh, diablo, no lo haga más difícil, Canary! —Se enfureció el policía—. Le he dicho que no tengo nada oficial contra Doris van Dine. Sé que es su amiga. Incluso me pregunto si usted siente algo por ella, más allá de la amistad...

—Otro error, superintendente —rió con acritud Dick Canary—. No la amo. Ni siquiera me atrae como hembra de la especie, sino como amiga, simplemente. Es un sentimiento en decadencia entre hombre y mujer, pero existe a veces. No manche ciertos conceptos honestos, se lo ruego.

—Le ruego me perdone —con su sequedad habitual, el funcionario de New Scotland Yard trató incluso de ser humilde—. Pero no acuso a la viuda. Sólo busco a un asesino imposible. Y eso es lo que me irrita. Siempre hay un criminal. No creo en aparecidos ni en muertes sobrenaturales. Sobre todo, si se utilizan venenos sinuosos, dignos de un imaginativo autor policíaco...

Se paró en seco, como si una vez más hubiera ido demasiado lejos en sus insinuaciones.

Pero Canary no se mostró furioso ni ofendido. En vez de ello, sonrió tristemente.

—¿Paso a ser el sospechoso ideal, superintendente? —comentó, banal—. Parece existir el motivo: un pecaminoso deseo por Doris van Dine. Y el motor de la idea: mi cerebro de novelista creando un recinto cerrado, un veneno exótico... Todos los tópicos del género, movidos para buscar el mayor y más inaccesible de todos los tópicos de la novela policíaca: el crimen perfecto... que nunca es del todo perfecto.

—¿Se está burlando de mí? —Allen parecía realmente irritado.

—No, por favor. Estoy enumerando una serie de factores dignos de tenerse en cuenta. Especialmente, después de haber mencionado usted a «un imaginativo autor policíaco», aunque eso de *imaginativo* pueda habérmelo tomado con excesiva inmodestia, como alusivo a mi persona.

—¡Váyase al diablo, Canary! No sospecho de usted, ni de Doris van Dine. Ni de nadie, si he de serle sincero. Les he citado a ustedes dos, porque quiero hablarles personalmente de su común amigo. Sin hipótesis atrevidas por medio. Sin acusaciones. Lo cierto es que no sé por dónde me muevo. Hay un sinfín de problemas sin aclarar, ni siquiera justificar. Esos dos envenenamientos en solitario, aislados, sin nadie cerca... y sin aparente medio directo de transmitir ese veneno letal, sea por vía intravenosa o epidérmica... ¡Oh, cielos, no entiendo nada! Y quiero llegar a algo. A una conclusión, la que sea. Pero algo concreto, razonable...

—¿Razonable? —Canary soltó una leve carcajada—. En nuestro mundo de creadores literarios de misterios, un recinto cerrado, un extraño veneno y un asesino invisible, forman el ideal de todo novelista creador de enigmas. Pero no estamos escribiendo una novela policíaca, sino analizando un doble crimen de similares características.

—Un doble crimen disparatado —masculló Allen—. No hay razón alguna que los explique.

—Tiene que haberla, por oculta que esté, superintendente —replicó Canary. Se inclinó luego sobre la mesa del policía—. ¿Por qué no me concede algo?

—¿Qué debo concederle?

—Ver la biblioteca de Doyle y el gabinete de Van Dine. Tal como quedaron después de su muerte, si ello es posible.

—Están como ellos los dejaron. He pedido que nadie toque nada, tras el examen pericial y forense. La señora Van Dine cumplirá lo pedido. Espero que también los parientes de Doyle lo hayan hecho. Puede ir a visitarlo. Le daré una autorización escrita.

—Esperemos que todo sea así —suspiró Canary—. Y gracias por el permiso.

—Un momento, Canary. ¿Qué pretende probar con todo eso?

—Si lo supiera, superintendente... se lo diría —pese al gesto grave y penoso que el fin trágico de su amigo Wade dejara en su rostro, una leve mueca burlona asomó a sus labios—. Lo malo es que no sé qué buscar... pero lo buscaré.

—Bien. —Allen hizo un gesto—. Puede irse, Canary. Usted, señor Queen, le ruego se quede para responder a unas pocas preguntas...

—Sí, por supuesto —tragó saliva ruidosamente Sinclair Queen—. Espero sepa usted que yo... yo... soy miembro de la junta de dirección del Centro Atómico... del Gobierno británico, superintendente...

—Me doy cuenta de todo, señor Queen —replicó con aspereza el policía—. Y Doyle era ingeniero electrónico del Estado, y Van Dine funcionario del Foreign Office, y... y la señora Van Dine trabajó en el Almirantazgo y... ¡Oh, al diablo con todo eso! Señor Queen, aunque fuese usted primo hermano de la reina, tendría que rogarle que se quedara, para un breve interrogatorio de rutina.

—Sí, sí, claro —aceptó el apacible señor Queen, sin tratar de oponerse a lo inevitable, y hundiéndose materialmente en su asiento—. Estoy a su entera disposición, superintendente Allen...

Dick Canary estudió a ambos hombres en silencio. Abandonó la oficina del policía. Y, una vez fuera, se detuvo, repitiendo con lentitud, como una computadora que registrase su electrónica y fría memoria científica:

—Centro Atómico del Gobierno... Ingeniero electrónico del Estado... Funcionario del Foreign Office... El Almirantazgo... ¡Cielos! ¿Será *ésa* la causa?

Luego echó a correr con su largo paso, elástico y seguro, hacia la salida de New Scotland Yard.

CAPÍTULO III

Doris van Dine asintió con lentitud. Sus ojos se mantenían secos, pero enrojecidos. Amargos, pero serenos. Vestía de gris oscuro. Soportaba todo con una calma y una entereza admirables. Sin perder nada de su exquisita femineidad, de su ternura habitual.

—Aquí despedí anteanoche a Wade —dijo con voz tensa—. Se quedó ahí, ante su máquina de escribir. Todo está tal como estaba, o poco menos. Sólo el correo varía. Estaban cerrados los sobres, los envoltorios postales... Y la carpeta de sus documentos, sin firmar ni revisar. Y las dos cartas mecanografiadas... aún eran hojas de papel en blanco entonces. Prometió subir a la hora escasa. Yo tenía sueño. Le esperé. Me quedé dormida. Y él... él nunca subió, Dick.

Hubo un silencio doloroso, amargo, profundo. Canary afirmó despacio, revisando cada detalle del gabinete trágico. Leyó por encima las cartas mecanografiadas, con sus dos copias en papel cebolla color azul y naranja pálido. Rutinario, cosa de su Departamento de Información Internacional, dentro del Foreign Office. Cuestiones diplomáticas relacionadas con dos países europeos. Uno occidental; del Este el otro.

La carpeta de plástico con documentos firmados, revisados, corregidos a pluma en algunos puntos... Un documento cruzado con un aspa roja, anulándolo. Y la indicación: «Repítase por errores de redacción reseñados». Luego, unas palabras en lápiz rotulador rojo, concretando esos errores a revisar. Todo rutinario también, pensó Dick, pese a ser un documento relativo a un país socialista, y sobre un problema diplomático algo delicado.

Siguió mirando los objetos de la amplia mesa: cartas abiertas, folletos, libros... Sus dedos pasaron de soslayo por encima de un lomo rojo, con grabados en oro. Un volumen no demasiado grande, un libro de pocos centímetros de volumen, a un lado, junto al asiento donde muriera Van Dine...

La mirada de Canary se clavó en la chimenea. Leños quemados. Hubo fuego aquella noche en el hogar. Doris lo había dicho. Se inclinó. Asomó la cabeza por el hueco de la chimenea. Pulsó el botón de su pequeña linterna. Un rayo de luz reveló los muros repletos de negro hollín. Si alguien hubiera descendido recientemente por allí, las huellas serían indiscutibles. Y los leños estarían cubiertos de ese negro polvillo.

Se apartó. Un dato a borrar en la limitada agenda de posibilidades. Nada de chimeneas. El asesino y su arma venenosa no entraron por allí. Quedóse mirando en torno. ¿Por dónde, entonces?

La puerta deslizante, de dos hojas corredizas... Sí, claro. Demasiado sencillo. Un enemigo oculto en la casa, la espera hasta que la señora Van Dine se marchó a dormir... ¿Y Van Dine? ¿No observó eso? ¿No sospechó de una visita insólita, en su propia casa, a medianoche, sin servicio ni su esposa en pie? Era ridículo. ¿Fue a abrir la puerta de la calle, dejó entrar a alguien? Sí, ésa sí que era una posibilidad llena de sugerencias positivas...

Pero Doyle no hizo eso. No pudo hacerlo. Su biblioteca estaba cerrada herméticamente por dentro. Claro que podían ser casos diferentes, pero...

—Doris, iré a casa de Doyle ahora —suspiró Canary, tras un silencio.

La viuda le miró, preocupada. Parecía llena de desaliento, de desilusión.

—No has encontrado nada, ¿verdad? —musitó.

—No, nada —revisó todo con una ojeada postrera—. Si algo de todo eso tuviera veneno en su superficie, en algún cuerpo, los expertos de Scotland Yard lo sabrían, Doris.

—Pero alguien llegó hasta Wade. ¡Alguien le mató, Dick! —protestó ella vivamente.

—Sí. Eso es cierto. Alguien le mató. Pero falta saber *cómo*, *quién*... y *por qué*. ¿Te das cuenta? Los tres grandes puntos enigmáticos de un misterio policíaco perfecto. Y lo malo es que desconocemos las tres respuestas de rigor... como en toda buena novela que se precie de serlo, Doris.

—¡Oh, Dick, esto no es una novela! —se indignó ella—. ¡Wade está muerto, y eso no lo has escrito tú o cualquier otro novelista de tu género! ¡Él era mi esposo!

—Lo sé, Doris. Perdona si mi comentario te molestó. No era todo lo frívolo o gratuito que pudiera parecer. Es que, desgraciadamente, esto se parece *demasiado* a un *puzzle* de escritor policíaco. Es... ¡es como si el culpable estuviera tramando, paso a paso, una perfecta, fría y académica novela de crímenes! Sólo que, en vez de usar el papel de una novela... los folios de una máquina... escribe sobre la propia vida, y comete los asesinatos en personas reales, llenas de vitalidad y fuerza. Una novela en tres dimensiones, Doris. Una horrible, escalofriante, monstruosa novela con nosotros de personajes centrales...

—Eso no explica absolutamente nada, Dick —rechazó ella, penosamente.

—No, nada. Pero hay algo que me trajo aquí hoy. ¿Te has dado cuenta de que todos, absolutamente TODOS los que hasta ahora estáis mezclados en el extraño asunto... estáis relacionados de un modo u otro con el Gobierno del Reino Unido?

Doris se quedó mirándole con asombro. Vaciló, como si todo aquello la golpease como un mazazo imprevisto. Y, finalmente, se limitó a confesar con voz sorda, vacilante, llena de evidentes indecisiones:

—Sí... Eso sí puede ser una razón que justifique algo de lo que sucede, Dick...

—Soy Carol. Carol Doyle, señor Canary. La hermana de Dennis. Él me habló muchas veces de sus amigos. Pero usted no estaba entre ellos...

—No era, realmente, un amigo de Dennis Doyle. Sólo conocido. Pero he sido amigo de Wade van Dine, lo soy de John L. Biggers...

—Oh, eso es diferente —convino ella, mirándole aún con cierto recelo—. Ellos sí eran buenos amigos de Dennis... ¿Qué es lo que desea exactamente?

—Traigo un permiso firmado por el superintendente Allen. Para examinar su biblioteca...

—Está precintada por ellos, señor Canary. La policía misma lo hizo.

—Lo sé —le mostró un papel sellado por New Scotland Yard y con la firma de Ralph Allen—. Es algo especial. Cuando me marche, no se quedará sellado. El superintendente confía en ustedes.

—Es muy amable. —Canary hubiera jurado que había cierto sarcasmo en el breve comentario de la hermana de Dennis Doyle—. Bien, si la policía lo autoriza no veo lo que yo pueda decir al respecto...

—Señora, yo no soy policía. Sólo un conocido de su hermano. Me interesa saber por qué murió. Y quién le mató.

—Hay gente que asegura que fueron los espíritus, señor Canary —habló ella confidencialmente—. ¿Sabe que ellos pueden matar, si así lo desean?

—Lo ignoraba. Siempre he pensado que los espíritus pueden llegar a ser hasta burlones, divertidos o grandilocuentes, pero nunca asesinos. Y tuve una amiga médium, señora. Le diría que también he tenido amigos entre los espíritus... pero eso no sonreía oficialmente convincente.

Y aún sonreía cuando la dubitativa Carol Doyle le acompañó a la puerta de la biblioteca, dejando que él quebrase los precintos policiales de rigor.

Después, Dick Canary entró en la biblioteca donde la muerte invisible sorprendió una noche a Dennis Doyle, iniciando la serie de crímenes que, sin ellos saberlo, estaba ya incubando en la sombra su tercera e inexorable víctima...

La biblioteca.

Libros, libros, libros... Anaqueles completos de libros alineados. Obras de electrónica a un lado, volúmenes de consulta general en otro, literatura en el panel opuesto, y hasta revistas, diarios y publicaciones técnicas, encuadernados todos en una serie más de estanterías. Y el hogar, y los confortables y sólidos muebles, y el tapizado, y las cortinas, y los cuadros, buenas litografías de Reynolds y de Gainsborough...

Dick Canary no conoció nunca demasiado bien a Dennis Doyle. Se lo presentó Van Dine una vez, y le trató en escasas ocasiones. Ahora, en el ambiente que fuera su lugar de trabajo, le parecía conocer un poco mejor al hombre muerto a quien no conociera en vida.

Se acercó a la mesa. Como en el caso de su amigo Wade, papeles, papeles, papeles... Diseños electrónicos, fórmulas, informes, fotocopias... Libros de consulta en confusión, hojas mecanografiadas, un cenicero lleno de puntas de cigarrillo... Y un

vaso, una botella de limonada, ya seco todo ello, pero sin insectos. El recinto cerrado, el invierno, todo contribuía a ese hecho. Olfateó el aire. Había un tenue aroma perfumado. Descubrió en un muro una especie de resorte automático de desinfectante ambiental. Con aquello, no podía haber insectos.

—El veneno tropical era de reptil, tratado químicamente —dijo, hablando entre dientes Dick, para expresar sus pensamientos en un monólogo—. Ningún insecto podría transmitirlo, pero eso borra toda otra posibilidad. Ni siquiera cabe margen a un error de análisis oficial. No pudo ser un insecto. No vivirían en esta atmósfera purificada.

Era poco, pero era algo. Una remota posibilidad menos. Sólo que Canary no había llegado a considerarla seriamente. Se movió entre los muebles y objetos familiares al difunto Dennis Doyle.

Llegó hasta su mesa. Se inclinó sobre ella. Pasó los dedos por la superficie de madera brillante, barnizada con poliéster. Todo impecable. Sin aristas, sin posibles puntos de arañazos o cortes. Sin vidrios. Los papeles no podían herir. Tampoco los plásticos blandos de las carpetas. Los cortapapeles reposaban en un soporte de negro vidrio. No hacía falta ser un lince para ver su brillo intachable. Además, la policía y sus expertos debieron de revisar aquello en primer lugar. Y con resultados totalmente negativos, por supuesto. O el superintendente lo hubiera mencionado en el acto.

Los escritos, los planos de circuitos electrónicos, las copias fotográficas, los plásticos impresos con fórmulas y diseños cibernéticos, y todo cuanto afectaba a la profesión de Doyle para el Gobierno. Todo eso circuló ante los ojos analíticos de Canary. Luego, observó los volúmenes dispersos por la mesa; tratados de Electrónica, fórmulas y documentos, estudios profundos o superficiales sobre robots, Cibernética y otras cuestiones anejas... También había un volumen de diccionario en tornos, una guía de cuestiones científicas biocibernéticas, un par de tomos sin exacta nomenclatura, perdidos entre los demás... Uno era color cuero, forrado en piel. El otro, rojo oscuro, con incrustaciones doradas, con apariencia de una novela clásica encuadernada lujosamente.

Dejó todo eso de lado. Recorrió la habitación. Ni una panoplia, ni lanzas, ni flechas o armas blancas. Ni una estatuilla con algo punzante. Nada de nada. Se detuvo finalmente, en medio de la

biblioteca. Levantó, pensativo, el peluche color siena de la alfombra que cubría su suelo, con la puntera de su zapato.

—No lo entiendo —se dijo—. Lo he visto todo... y no lo entiendo.

Se encaminó a la salida. No tenía ya gran cosa que ver. Eran dos estancias las visitadas. El gabinete de Van Dine, la biblioteca de Doyle. Había muchas cosas en común en ambas habitaciones. Demasiadas, para sacar una conclusión. Cosas que podían hallarse en el gabinete de trabajo de cualquier hombre, fuese ingeniero electrónico, diplomático o funcionario del Gobierno en el Departamento de Negocios Extranjeros.

Se sintió defraudado. Fracasado, incluso. Era ridículo sentir eso, pero no podía evitarlo. Había pensado que algo, en todo aquello, aclararía el enigma. Y no era así. A menos que...

—A menos que todo obedezca a una cuestión: espionaje.

—¡Espionaje! —John L. Biggers sacudió su cuerpo gordinflón en el asiento, y brincó hasta una altura casi cómica, antes de ponerse en pie sobre sus cortas piernas y moverse hacia Richard Canary con cierta energía—. Dick, ¿qué diablos estás diciendo?

—Quisiera saberlo yo mismo antes que ningún otro —confesó Richard, ceñudo—. Sólo se me ocurre eso: un asunto de alta política. Injerencia extranjera en círculos confidenciales de la Seguridad británica, John.

—Pero... ¡pero eso es ridículo, Dick! —protestó escandalizado Biggers, enrojeciendo sus mejillas vivamente—. Ambos eran personas completamente honestas, a prueba de coacciones o sobornos...

—Precisamente, John —le cortó afablemente Canary—. A prueba de todo eso. Por tanto, murieron. La muerte allana caminos. Los adversarios molestos y obstinados, están mucho mejor muertos. Un agente secreto inglés, pensaría igual con respecto a otro extranjero, si invirtiéramos la situación, ¿no crees?

Biggers paseó por su despacho, con las manos a la espalda, vivamente sobresaltado, con evidente agitación. Era un hombrecillo vulgar, nada imaginativo, sometido a la intensa e inesperada presión de una sospecha monstruosa.

—Espionaje... Traición... —Meneó la cabeza, con énfasis—. ¡No,

no puedo admitirlo, Dick!

—No hablé de traición. Si Doyle o Van Dine hubieran sido traidores a su patria, no estarían muertos ahora.

—Entonces, ¿qué sugieres? —Se detuvo de repente Biggers, mirándole con desaprobación ostensible—. Todo esto es penoso y difícil de resolver, Dick...

—Por supuesto. Pero tú también trabajas para el Gobierno. Como Van Dine, como Doyle, como lo hizo antes Doris, como Sinclair Queen, amigo de Wade a su vez... ¿Te das cuenta? Sois demasiados miembros del Gobierno mezclados en el caso, John. Eso me resulta sospechoso.

—¿Sospechoso? ¿Tienes acaso alguna evidencia al respecto?

—Es lo único que no parece existir. Nadie, ni siquiera Scotland Yard, ha pensado en el asunto. Tal vez lo haga el servicio secreto, pero oficialmente, no han dicho cosa alguna todavía. He sido yo quien lo pensó, John.

—¿Qué temes? ¿Una filtración de datos, de informes hacia el extranjero?

—Sería muy posible, ¿no?

—Factible, sí —convino John L. Biggers, arrugando su frente. Se dejó caer en un muelle asiento, con un resoplido. Sus azules ojos brillaban como gemas a la luz—. Cielos, si eso se confirmase... Sería espantoso.

—Es un riesgo que siempre se afronta. Ha ocurrido a veces, durante la «guerra fría». Podría repetirse, ahora que el mundo parece distenderse en una calma aparente. John, no sé nada. Sólo busco un indicio...

—¿Tú? —Biggers le contempló, pensativo—. ¿Por qué tú, precisamente?

—No sé. Tal vez porque soy escritor, y no me gusta que otros puedan crear mejores ficciones que yo. Ni siquiera un asesino, John.

—Un asesino no finge. Mata, Dick. Y además, en esta ocasión, de un modo excesivamente original y fuera de lo común. Es como un desafío a algo o a alguien, no sé. Y, por ahora, por desgracia, sale triunfante el criminal.

—Por ahora —confirmó con lentitud Canary, con una mueca sardónica—. ¿Sabes algo, John?

—¿Qué, Dick? —se interesó el pequeño y apacible gordinflón

que era John L. Biggers.

—Me temo... me temo que no todo termina en Wade Van Dine...

Biggers le miró, repentinamente sobresaltado. Sus azules ojos redondos se abrieron como enormes monedas de zafiro puro. Boqueó, perplejo:

—¿Qué... qué dices? ¿Qué supones que pueda suceder después?

—Ojalá me equivoque, John. Pero, sobre todo, me gustaría saber por qué... Creo que cuando supiera eso, podría señalar sin duda alguna al culpable de todo este caos... Lo malo es que, o mucho me equivoco, u otras personas morirán, antes de que ello suceda...

Dick Canary era premonitorio. Pero entonces no podía saberlo. Ni sospechar tampoco quién sería la víctima inmediata. La tercera víctima en la lista trágica de los seres condenados a morir ante el horror invisible...

CAPÍTULO IV

Agatha Dickson apartó el diario con disgusto. Clavó su mirada aviesa, de mujer maliciosa, en *sir* Stanley Wallace, sentado frente a ella.

—¿Qué piensas de eso, Stan? —preguntó, con tono familiar, acre como en ella era siempre costumbre.

—No sé, Agatha. Leí las noticias estos días, pero no me hice aún una composición de lugar exacta... —Se encogió de hombros *sir* Stanley, sin dejar de leer el extenso y farragoso artículo de fondo del *Times*—. ¿Se supone que debo pensar algo?

—Se supone que todos los seres humanos hemos sido puestos en el mundo para pensar, entre otras cosas. O el mundo no sería lo que ahora es, Stan —le reprochó duramente Agatha Dickson, volviendo su atención al tablero de ajedrez donde llevaba a cabo una partida contra sí misma, manejando ella las negras como un auténtico *tour de force* premeditado.

—No me refería a eso, Agatha —se molestó *sir* Stanley, dejando por un momento, con evidente disgusto, su lectura del *Times*—. ¿Por qué mis pensamientos han de girar en torno a Doyle y Van Dine?

—Porque son viejos amigos —señaló ella, tajante—. Y camaradas inolvidables.

—Olvidados también, en cierto modo —bostezó *sir* Stanley.

—¡Olvidados! Vosotros, los títulos nobiliarios, merecidos o no, olvidáis con demasiada frecuencia —le reprochó duramente la dama canosa y altiva, de negras ropas bien cuidadas.

—Agatha, ¿pretendes ofenderme acaso? —Se molestó muy altivamente el rubio y muy canoso caballero nombrado *sir* por Su Graciosa Majestad, no demasiado tiempo atrás.

—Oh, Stan, sería incapaz de ello. Y no falta de ganas, sino por

dificultad en lograr que mi ofensa llegase más allá de tu recia epidermis —fue la burlona respuesta de la dama.

Se miraron los dos, largamente, con cierta hostilidad. Al fin, él echóse a reír, y recuperó el *Times* y su interminable artículo de fondo sobre la política europea y las fluctuaciones monetarias.

—Debería molestarte contigo —masculló—. Y no puedo, querida Agatha. Eres lo bastante inteligente para conocerme a fondo.

—Y tú demasiado listo para darte por ofendido a destiempo —se mofó ella, riendo de buen grado. Le dio un palmetazo en la rodilla, bien poco ceremonioso, para ser en el Círculo de Miembros del Parlamento, al que ambos pertenecían por derecho propio—. De todos modos, no tomes en cuenta mis palabras, Stan.

—Nunca lo hice, en realidad, Agatha.

—Eso revela tu buen sentido del humor —ella encendió tranquilamente un buen cigarro habano, que succionó sin que nadie se diera por ofendido en la sala de fumadores del Círculo suntuoso de Millbank. Lanzó una bocanada de humo que hizo toser leve y discretamente a *sir* Stanley Wallace, antes de añadir, calmosa—: Pero sigues sin decirme si pensaste algo sobre esas dos muertes, Stan querido.

—¿Sobre Doyle y Van Dine?

—Sí, sobre ellos. Los asesinaron a la vieja usanza. Como en los antiguos folletos amarillos de mi juventud. Sólo falta el curare, la venganza del hindú, o los estranguladores de Visnú, para tener todo el aspecto de un melodrama fuera de época, Stan. Al menos, fuera de esta época, aunque no de tú y yo, por ejemplo.

—Eh, ¿qué pretendes decir con todo eso? —Se sobresaltó el noble.

—Nada que pueda molestarte, Stan. Eres incapaz de pensar demasiado en nada. Excesivamente rutinario, diría yo. El asesino tiene imaginación, ingenio, frialdad y falta de toda clase de piedad. Encaja conmigo, pero no contigo.

—Es casi una confesión, Agatha —se burló *sir* Stanley.

—Si yo lo hubiera hecho, jamás lo confesaría. Pero tiene algo del viejo sabor de nuestra época joven. ¿Recuerdas? Entonces, todos éramos miembros de un cierto Club...

—Oh, todo aquello... —Bostezó *sir* Stanley, sin rodeos—. La

charla es más aburrida que el artículo del *Times*, querida. ¿Puedo seguir leyendo?

—Sí, claro —masculló Agatha Dickson con disgusto—. Lee, Stan. Y muérete, si te gusta.

Ante la sorpresa del aristócrata, ella se incorporó, caminando rápida hacia la salida del salón de fumadores. Antes, estrujó su cigarro en un cenicero de pie, hasta dejarlo convertido en una auténtica col rugosa, humeante y molesta.

Casi se golpeó de bruces con la persona que en ese momento entraba en el salón de fumadores y que, al verla a ella, se paró en seco, disculpándose por el choque salvado a última hora.

—Oh, perdón... Agatha, ¿te ocurre algo?

Ella se quedó mirando, ceñuda, varonil, a la persona con quien estuviese a punto de chocar. Su expresión se dulcificó.

—Oh, no, Irish, querida... —Manifestó con suavidad—. Pero criatura, ¿qué haces tú por aquí? Y, sobre todo, ¿qué haces en Londres?

—Acabo de llegar —sonrió la pelirroja muchacha risueñamente—. Mis maletas esperan afuera. He dejado el tren en *Charing Cross*. Wade me dijo que le buscara aquí, antes de ninguna otra cosa, Agatha...

—¿Wade? —El rostro de la vieja dama canosa se ensombreció. Sus ojillos, oscuros y pequeños, brillaron con la astucia y malevolencia propia de ella—. ¿Wade van Dine, querida?

—¿Quién, si no? —La joven parecía casi sorprendida porque pusieran aquello en duda—. No tengo otros amigos de verdad en Londres, Agatha... Sólo Wade y Doris, tú lo sabes...

—Bueno, preciosa, tendrás que borrar uno de esos amigos de tu lista particular...

—¿Eh? —La llamada Irish reveló sobresalto en su gesto—. ¿Qué quieres decir, Agatha?

—Que Wade... Wade ha muerto. Y ha sido enterrado ya, Irish. Siento decírtelo, pero así sucedió... Sólo Doris puede recibirme como amiga entrañable... Yo quisiera hacerlo, pero no creo que ni tú ni nadie se fiase de mí para una amistad, pese a todos mis buenos deseos...

—Wade... ¡muerto!

—Sí, Irish, querida. Muerto. Envenenado.

—¿Suicidio, Doris? ¿Accidente?

—No. Asesinato.

—¡Asesinato! —El estupor y el pánico asomó a los verdes ojos de Irish—. ¡Imposible!

—Es lo que yo dije cuando me enteré. A pesar de lo de Doyle, dije eso mismo. Y estaba equivocada, Irish.

—¿Doyle? ¿Qué Doyle?

—Dennis Doyle. Un antiguo amigo de Wade. Le mataron también. Con veneno.

—Pero... pero ¿quién?

—¿Quién, dices tú? Si supiéramos eso, querida, lo sabríamos todo... Nadie conoce nada. Ni culpable ni motivo ni modo de matar... ¡Nada, Irish!

—¿Nada? Y... ¿y la policía? —Se estremeció ella, muy pálida.

—Lo ignora todo. Como yo, como tú, como cualquier otro... ¡Oh, Irish, es horrible, horrible de veras! ¡A pesar de toda mi energía y mi valor, creo que voy a hundirme de un momento a otro, desde que falta Wade de mi vida!

E, inesperadamente, la fuerte, serena, fría y dominante Doris van Dine, estalló en sollozos, se rompió como una frágil pieza de porcelana, y se lanzó en brazos de su joven amiga, enlazándose ambas en un mutuo abrazo de fraterno consuelo.

Irish Greene, recién llegada a Londres desde Estados Unidos, se sintió confusa, aturdida por aquella insólita reacción de una mujer a quien conocía con toda su fortaleza, decisión y firme autocontrol.

Muy grave tenía que ser lo sucedido en su ausencia. Y no tardó en saberlo, de labios de la propia Doris, su mejor amiga en Londres y en toda Inglaterra. Su mejor compañera de estudios, pese a que la llevase casi seis años de diferencia.

No tardó en saber detalles de la muerte de Wade van Dine. Y también de Dennis Doyle, un hombre al que prácticamente no llegó nunca a conocer...

—De modo que ya lo sabes, Irish...

—Sí, Dick. Ya lo sé todo.

Richard Canary contempló a la joven pelirroja de verdes pupilas que caminaba junto a él por Hyde Park, aquella mañana gris, pero apacible, del invierno londinense, precursora de un atardecer

brumoso y húmedo. El suave aire del río, agitaba el leve vestido de corta falda de Irish. Y los faldones de la americana de *tweed* gris de Canary, haciendo juego con su pantalón azul y sus zapatos de ante gris. Una corbata azul oscuro y una camisa azul claro, completaban el conjunto deportivo. El aire también jugueteaba con su largo cabello sedoso, castaño oscuro.

—Y... ¿qué opinas? —quiso saber el joven escritor.

—No sé —ella inclinó la cabeza, contemplando la gravilla de los senderos del parque londinense—. ¿Crees que se puede pensar algo concreto?

—Todos podemos y debemos pensar, aunque sea equivocadamente, Irish —le recordó Canary. Y añadió, sarcástico—: Creo que incluso en Estados Unidos, no habrás perdido tu costumbre de pensar...

—El cáustico Richard Canary, vuelve a ser el de siempre —recitó ella, irónica—. América es una hermosa tierra, Dick. Sólo que es joven. Muy joven. ¿Eso es un defecto?

—No sé. Yo soy joven —rió él—. Y a veces, pienso que sí es un defecto. Y grave. Lo bueno o lo malo, es que ese mal se cura con los años. No sé quién dijo eso, pero estaba en lo cierto, Irish.

—Es una lenta terapéutica. Y ni América ni yo la necesitamos —repuso Irish—. Tú... no sé, Dick. Te veo algo amargado, como dolido por algo.

—Wade ha muerto. Es motivo para eso, ¿no?

—Es posible. Perdiste un amigo. Pero eres demasiado presuntuoso para que ese dolor te dure. ¿No estás molesto porque no puedes descubrir, pese a tu sagacidad, lo que se oculta tras esos hechos?

—*Touché*— suspiró Canary, rendido. —América no embotó tu fino acero, Irish Greene.

—Fui allí a estudiar con una beca, no a embrutecer mis sentidos —le recordó ella.

—Bueno, bueno, no avasalles. Si tuviera tus años, iría también a estudiar allí. Parece un buen lugar para ejercitar las sutilezas.

—Las hubiera conservado íntegras incluso en la luna —rió Irish—. Oh, Dick, ya basta de duelos verbales. ¿Qué sucede, exactamente? ¿Qué te molesta o preocupa?

—Lo que ocurre, Irish. No es lógico. No puede ocurrir. Nunca ha

ocurrido algo así.

—¿Y tú dices eso? —se burló ella—. Estando en Nueva York, cayó en mis manos una novela tuya llamada *Los crímenes imposibles*, que...

—Ya basta —atajó él—. No te burles de mí. No hablo de novelas. Pero has dicho algo sensato, aunque fuese un título ideado por mí: crímenes imposibles... Sí, Irish. Es lo que son esas dos muertes.

—¿No cabe la posibilidad de accidente, suicidio o...?

—No, nada de nada. Los mataron. Con dos venenos diferentes. Uno, arterial. El otro, epidérmico. Me pregunto cuál será el próximo...

—¿El próximo? —Se horrorizó Irish, parándose en medio del parque y mirando muy fija a su amigo y compañero de paseo—. Oh, Dick, no pretenderás decirme que... que habrá otro... otro...

—¿Otro crimen? —Richard afirmó despacio, con fatalismo—. Daría algo por equivocarme. Porque todo terminase aquí. Pero no. No es posible. Esto forma parte de una cadena. Hay dos eslabones. Faltan más. No sé cuántos, pero hay más. Alguien seguirá matando, Irish. Y no me preguntes quién. Pero confío en que, con un tercer crimen, sí localice algo que se me escapa, algo que huye a mi percepción, pero yo sé que está ahí, en alguna parte, ante mis ojos y mis sentidos, sin que haya sabido averiguar qué es...

Irish le escuchaba como fascinada. Con una mezcla de asombro, de incredulidad, y también de horror latente.

Dudaba de su teoría. Quería negarla. Y, en el fondo, temía que fuese cierta. Eso es lo que Dick Canary, o cualquier otra persona testigo de la conversación, hubiera pensado al ver el gesto de la joven inglesa, recién llegada de Estados Unidos...

—¿Irish Greene? ¿Quién es ella, Canary?

Dick se acomodó mejor en el asiento, frente a su interlocutor, el superintendente Ralph Allen, ofreció un cigarrillo al policía, que fue rechazado, y encendió él uno para sí, color marrón y oro. Lo fumó con fruición antes de responder:

—Una buena amiga. Tiene veinticuatro años ahora. Ha estado en Estados Unidos, estudiando con una beca universitaria. Siempre fue bonita, pero ahora lo es más aún. Amiga de Doris Bishop y mía.

Se ausentó al año de casarse Doris con Wade van Dine.

—Habría sufrido un duro golpe con todo esto...

—Muy duro, superintendente. Apreciaba también a Wade.

—¿Y a Doyle?

—No le conocía. Doyle era amigo de Wade y los demás, pero no mío o de Irish. Ella y yo somos diferentes. Ajenos al círculo...

—¿Qué círculo, Canary? —se interesó el policía.

—Trataba de explicárselo antes, superintendente. Hay que distinguir dos clases de personas en este juego: Wade van Dine y sus amigos. Yo, Doris, Irish... Es diferente. No conocía a Wade. Lo conocí a través de Doris, cuando se hicieron novios y se casaron. Doris, Irish y yo, éramos compañeros de Universidad, aunque de diferentes edades y cursos. Luego, Van Dine se hizo un gran amigo mío, a lo largo de tres años. Era una excelente persona. Llegué a sentir por él una amistad como si nos conociésemos de toda la vida. Y, superficialmente, conocí a algunos más de su círculo: Biggers, Agatha Dickson... También *sir* Stanley Wallace en ocasiones... Muy de lejos a Doyle. Y nada en absoluto a Sinclair Queen, el experto en energía nuclear. Por cierto, ¿obtuvo algo de él?

—Debería replicarle que a usted no le importa —resopló Allen—. Pero creo que quiere colaborar conmigo desinteresadamente, como amigo o conocido de toda esa gente, y agradezco su desinteresada cooperación, Canary... en el supuesto de que no sea usted el asesino.

—Si le juro que no lo soy, no ganaré nada —rió Dick—. El verdadero asesino diría lo mismo, a fin de cuentas.

—Tiene toda la razón, Canary. No diga nada —bostezó el policía—. Le diré algo: Sinclair Queen está asustado.

—¿Asustado? —repitió Canary, con repentino sobresalto—. ¿Por qué motivo, superintendente?

—Bueno, él... él teme morir también en breve plazo.

Canary sintió un escalofrío sutil. Algunos ocultos temores suyos se confirmaban. Inclínose rápido hacia el policía. Indagó, con voz tensa:

—Por favor, aclare eso. ¿Por qué teme él morir también? Hubo de exponer una razón, una posible causa, por trivial que fuese...

—Oh, fue algo ridículo, Canary —se encogió de hombros el superintendente Allen—. Ni siquiera pude prestarle atención

seriamente.

—Se lo ruego, señor. ¿Qué es lo que le dijo Queen, exactamente?

El hombre de Scotland Yard respiró hondo, antes de exponer con voz sorda:

—Me dijo... me dijo que alguien había manipulado en las instalaciones nucleares del Gobierno, no hace mucho tiempo. Y que jamás se descubrió quién era, pero que existían motivos fundados para sospechar de un hombre, a quien por medida estricta de seguridad, se expulsó de la Junta de Control de Energía Nuclear del Gobierno británico, con libre acceso a las pilas atómicas de la Base secreta nuclear de nuestro país.

—¿Y bien...? —Enarcó Canary las cejas—. Eso, ¿significa algo, en concreto?

—No sé si hago bien en revelarle esto, Canary. Pero es lo que un funcionario de la policía inglesa expone, confidencial y en estricta reserva, a un ciudadano de Su Majestad, de quien espera la máxima cooperación y discreción absoluta.

—Cuenta con ella, señor. Tiene mi palabra empeñada —el gesto de Richard se tornó grave—. ¿Qué sucede, en realidad?

—Sucede que el expulsado por un Comité disciplinario de investigación estatal, fue el técnico del Gobierno Norman Ritcher.

—Norman Ritcher... —Canary frunció el ceño—. Ese nombre no me dice nada. No le conozco. ¿Qué teme Queen?

—Queen me dio los nombres del Comité del Gobierno que firmó la expulsión de Ritcher de ese Centro nuclear y, en definitiva, de todo cargo oficial de responsabilidad, por sospechas de traición o actividad clandestina. Eran seis nombres, Canary.

—¿Seis?

—Exactamente. A saber: Sinclair Queen, *sir* Stanley Wallace, John L. Biggers, Agatha Dickson... Dennis Doyle y Wade van Dine. ¿Entiende ahora, amigo Canary?

CAPÍTULO V

Miró al tercer buzón a mano derecha, en la hilera del portal:

«NORMAN RITCHER. —Tercer piso, apartamento F.».

Era todo. Había unos impresos en el buzón, pero nada más al parecer. Richard Canary empezó a subir la escalera. El ascensor tenía un cartel, anunciando avería. No funcionaba.

El sur de Walworth no dejaba de ser una zona suburbana de Londres, aunque hubiera áreas residenciales y rutas como Albany Road o bien Old Kent. Allí vivía Norman Ritcher, exfuncionario del Gobierno británico en una de las Bases de estudios y experiencias termonucleares del Imperio de Su Graciosa Majestad.

La policía iba a visitar pronto oficialmente a Ritcher. Pero el superintendente Allen, había declinado en Canary una primera visita de tipo privado al hombre expulsado del Centro nuclear en cuestión, por sospechas de violación de altos secretos militares, científicos y nacionales.

Resultaba curioso, pero seis personas votaron contra él en una asamblea especial de disciplina e investigación. De esas seis, dos habían muerto misteriosamente, por el golpe que les asestara una mano invisible. Las cosas parecían tomar por momentos una forma concreta.

Richard Canary llegó a la tercera planta, pensando en todo ello. Era un asunto delicado, a manejar cautelosamente. Por el Gobierno, por Scotland Yard... y por él mismo. Si la teoría era exacta, y todo parecía indicar que lo era, Ritcher era un extraño, frío y científico asesino, capaz de matar sin dejar huella ni presentarse personalmente en parte alguna. O, cuando menos, sin dejar evidencia de esa presencia física, lo cual ya era bastante.

Canary no era policía. Sólo un escritor de enigmas policíacos,

dispuesto a colaborar con Scotland Yard en Un asunto tan vidrioso y difícil como aquél, situado entre altas esferas gubernativas. El escándalo, el peligro de un sabotaje o la certeza de una traición para una potencia extranjera, andaban en juego. Allen lo entendió así, y delegó en él. Su misión no era provocar violencias. Pero en un bolsillo, llevaba una pequeña automática de calibre 22. Era una simple precaución de tipo elemental.

Canary no sabía cómo reaccionaría, a fin de cuentas, el hombre llamado Norman Ritcher. Pero sí sabía algo de él, capaz de ponerle en guardia: era inteligente, astuto, no demasiado alto ni demasiado recio, y dominaba muy a fondo el judo, teniendo amplias nociones de karate.

Un tipo peligroso, pensó Richard Canary al iniciar su traslado a Walworth. Y seguía pensando igual.

Además, Ritcher había sido actor teatral y cinematográfico antes de dedicarse a la investigación nuclear, aprovechando sus estudios en la materia, que le tenían relegado a un simple plano gris, de funcionario en una instalación industrial eléctrica movida por pilas nucleares. Al pasar al Gobierno, tras unas oposiciones, dejó toda actuación escénica.

Ése era su hombre, en aquella casa sencilla y mediocre de Boyson Road, no lejos de Villa Street.

Y ahora, estaba ante la puerta rotulada con la letra F, en el tercer piso. El apartamento de Norman Ritcher, el hombre marginado por un comité de disciplina.

Llamó Canary, pulsando el timbre con insistencia. Esperó, alerta. Tenía fino el oído. Estuvo seguro de que nadie se movía tras la puerta, para ojear por la mirilla. Insistió de nuevo, dejando su dedo en el timbre lateral.

Dentro de la casa, sonaba un leve zumbido nada irritante. Pero nadie acudía a la llamada. Canary supuso que no había nadie en casa.

Respiró hondo. Había previsto esa posibilidad. No contaba con la aprobación de Allen o de Scotland Yard, para lo que iba a hacer ahora. Pero lo hizo.

Su juego de llaves maestras resultó a la tercera prueba. La cerradura cedió suavemente. El piso estaba a su disposición. Y en sombras...

Avanzó, decidido, cerrando tras de sí con suavidad. Hundió la mano en el bolsillo, y acarició la culata fría de su pavonada automática calibre 22. Si Ritcher le sorprendía ahora allí dentro, todo se iba a poner difícil para él. Legalmente, aquello era allanamiento de morada, uso indebido de armas sin licencia, y un montón de cosas más.

—Espero que el superintendente me saque del lió, si viene lo peor —musitó para sí, avanzando hacia el interior del apartamento, que tenía una breve escalera descendente, desde la puerta al resto del recinto. Encendió la luz que su mano palpó en un muro, a su derecha.

No había nadie en el amplio *living*, decorado con modernos motivos abstractos. Pero de repente, sintió un leve escalofrío.

Sí había luz, una tenue luz indirecta, verdosa, en una estancia inmediata, de puerta entornada.

Avanzó, decidido. Ya era tarde para volverse atrás. Se decidió. Empujó la puerta, y extrajo su arma, con resolución. Descubrió el origen de la luz verdosa: una bombilla, con pantalla de ese color, ante un espejo. Y delante, un hombre sentado en una butaca, inmóvil, como un actor a punto de maquillarse en su camerino del teatro...

—Quiero hablar con usted, Ritcher, aunque no le guste la idea... —comenzó secamente Canary, dando dos pasos dentro de la habitación iluminada.

De repente, supo que cometía un error. Un tremendo error. Advirtió con fulgurante celeridad su equivocación, trató de revolverse, de mirar detrás de la puerta abierta...

No llegó a tiempo.

Hubo movimiento tras él, un repentino torbellino, algo macizo y pesado que caía y se estrellaba en su cabeza, haciéndola estallar en miríadas de luces, estruendos y fogonazos cegadores.

Luego, se hundió en una total oscuridad, ante la quieta, inmóvil figura sentada ante el espejo y la luz verde...

Supo que volvía en sí.

No podía ser otra cosa, aquel lento retorno a la luz, la consciencia y, por tanto, el dolor.

El tremendo, intolerable dolor de cabeza, martilleándole desde

la nuca hasta las sienes, y descendiendo luego hasta sus ojos, como una red penosa y agobiante. Se llevó la mano al occipital. La retiró mojada de algo oscuro y viscoso, que se adhería a su cabello.

—Sangre... —masculló—. El maldito cerdo me hizo una herida...

Richard Canary supo que el dolor físico tras un impacto así, era bastante peor de cómo lo describía él en los capítulos de acción de sus novelas policíacas bajo el pseudónimo popular de Lester De Camp. Juró entre dientes, sin importarle lo que decía, y se puso de rodillas en una alfombra color tabaco, de pelo suave y sedoso. Tanteó la moqueta, buscando algo. Supo que lo había perdido, hasta que finalmente lo halló bajo la butaca cercana: su pistola de calibre 22. La revisó. No tenía cargador. Una oportuna precaución de su misterioso agresor, quienquiera que fuese.

Logró ponerse en pie, maldiciendo furiosamente a muchas cosas, en especial a sí mismo y a su estupidez. Era una lección de humildad a archivar. Nunca se metería tan tontamente en una trampa, por fácil que pareciese todo a su paso.

Repentinamente, se quedó perplejo.

Miró a la butaca situada ante él. Y al espejo. Y a la luz verde.

El hombre seguía allí. Sentado, reclinado ante el espejo, como un actor adormilado, entre cuadro y cuadro de la representación. Aquello era algo más que un dormitorio varonil, con masaje facial, crema de afeitar, lociones y colonia de hombre. Tenía pots de cremas, tubos de maquillaje, postizos de diversos colores, pelucas en hilera, rubias, blancas, morenas o pelirrojas. Una caja con lentillas de contacto de todos los tonos, gomas para ensanchar el rostro, calzado en el suelo, con alzas y tacones para elevar la figura. Y así hasta convertir aquello en un auténtico camerino, digno de Lon Chaney.

—Ritcher... —masculló Canary, irritado—. ¡Usted es Ritcher!

Y le zarandéo violentamente, aferrándole por el hombro. Le quiso despertar, sacarle de su sopor aparente.

Lo único que logró fue cambiar su postura, hacer que se inclinase adelante y cayera hacia delante, hasta rebotar sordamente en el suelo, con su cabeza inerte como la de un monigote.

Como la de un cadáver. Como la de un hombre muerto.

—Muerto... —El superintendente Allen hizo un movimiento

expresivo de cabeza, sin desviar sus ojos de Canary—. ¡Muerto! ¿Se da usted cuenta de lo que hizo, al meterse en una vivienda particular con una llave maestra, y esgrimiendo un arma de fuego, Canary?

—Se lo he dicho lealmente, señor —declaró Richard con humildad—. Si quebranté la ley, castígueme.

—¡La ley! —estalló el policía—. ¡Si se la aplico a rajatabla, irá usted a prisión por un tiempo, Canary, maldito sea!

—Lo siento, superintendente. No debió autorizarme a esa visita. Fue un error desde el principio.

—Usted cometió los errores. ¿Se ha dado cuenta de lo difícil que es jugar al detective aficionado? Le pedí una charla amistosa con Ritcher, no un allanamiento delictivo de morada, con agresión, sangre y todo lo demás...

—La agresión, la sufrí yo —se quejó Canary, tocándose los esparadrapos sobre su nuca—. Y la sangre es mía, superintendente...

—Conforme. Pero imagine el resto. Suponga que todo hubiera sido distinto. Que, realmente, usted hubiera tropezado con el cadáver de Norman Ritcher. ¿Cómo explicaría ahora todo eso, si en verdad Ritcher estuviera muerto?

—Es lo que creí primero, al verle caer —suspiró el escritor, con humildad aún. Luego, no pudo evitar una breve risa entre dientes—. ¡Y pensar que era sólo un muerto!

—Pero un perfecto maniquí, con la peluca exacta al cabello real de Norman Ritcher —le recordó secamente Allen—. Era el muñeco que él usaba para sus caracterizaciones. Es decir: su agresor no pudo ser un atacante de Ritcher, sino el propio Ritcher, que luego huyó, dejando allí su monigote inerte, para darle un susto o para desorientarle y hacerle perder tiempo.

—Endiablado tipo el tal Ritcher —masculló el joven novelista—. ¿Dónde estará ahora?

—Sólo él y Dios lo saben. He dado orden de buscarle y arrestarle —dijo gravemente el hombre de Scotland Yard—. Y lo lograré, cueste lo que cueste, esté donde esté ahora. Pero ¿sabe algo que me ha sido notificado no hace aún una hora, Canary?

—¿Qué, señor?

—El tal Ritcher es maestro en disfraces. No sólo en escena o ante

una cámara, sino en la vida real. Se caracteriza notablemente. Cambia su contextura, su estatura, su rostro, su aspecto todo, a voluntad. Norman Ritcher es un histrión astuto y sagaz. Además, es vengativo.

—¿Vengativo? —dudó Canary, enarcando las cejas.

—Sí —suspiró Ralph Allen—. Juró vengarse de todos los que firmaban su expulsión del Centro de Energía Nuclear del Gobierno británico. Y parece que ha empezado a hacerlo, por medios bastante insólitos, pero propios de su gran imaginación y su concepto dramático y teatral de la vida y sus peripecias...

—«Hamlet, venganza»... —recitó con tono sombrío Dick Canary—. Cielos, el teatro llevado a la vida real El mundo es su escenario, y las criaturas humanas sus personajes... Ritcher no puede ser normal, entonces. Ha de estar forzosamente loco, superintendente...

—¿Loco? No lo sé. Pero se sospecha razonablemente de él respecto a esas fugas de información al extranjero y de desaparición de elementos radiactivos, nunca descubierta ni aclarada. Si es culpable o no, resulta ya secundario. Lo peor es que, inocente o culpable, desea vengarse de seis personas. Y mató ya a dos de ellas, Canary.

El joven escritor asintió, pensativo, tocándose de nuevo la nuca herida, con un gesto de dolor. Su voz sonó apagada:

—Me pregunto, en ese caso, quién será la próxima víctima, superintendente...

«¡Cuidado, lector!

»Tienes en tu mano un libro que puede terminar con tu vida. Has pasado ya unas páginas. Y también la portada... Empiezas a leer esta primera página...»

Y al volver esta página, y otra, y otra, la muerte es cada vez más inexorable...

Pero sigues leyendo. Sigues como fascinado, preguntándote acaso cómo sucederá... Pronto lo sabrás.

»Pronto, querido lector, vas a morir.

»Lee.

»Lee... y muere».

»Pronto, querido lector, vas a morir...

»Vas a morir...

»Vas a morir...

»Vas a morir...

»Morir.

»Morir.

»¡MORIR...!».

Las letras... Aquellas letras...»

—Oh, no, no... —jadeó, horrorizado, desorbitando los ojos—. ¡No, Dios mío! ¡No... *no es posible esto*! No, no... Avisaré, avisaré a alguien... Ahora sé... Ahora sé...

Logró llegar más lejos que ningún otro.

Logró incorporarse. A pesar del sudor frío. A pesar de los espasmos, de los dolores agudos, de los ojos turbios, llorosos, de la frialdad de su piel, de su dificultad respiratoria, de su paulatina y veloz parálisis total...

Se puso en pie, fue hacia la mesita aneja, cercana... Logró incluso llegar. Aferrar el teléfono, alzarlo de su horquilla...

Se inclinó, viendo bailotear letras, letras, letras... Y muebles, y luces, y objetos. Todo bailaba ya en torno suyo, en un torbellino, enloquecedor, obsesivo. Y llevó un dedo al orificio del dial, trató de marcar un número...

Ahí se acabó todo.

La muerte cegó sus ojos, crispó sus nervios y estiró sus músculos y tendones en un espasmo final.

Se derrumbó en la moqueta. Derribó la silla, la mesita anexa, el teléfono... Éste dio tumbos por el suelo, sin que su mano soltara el auricular, pegado a su oído, el micrófono adherido a sus labios anhelantes de aire, de vida, de aliento...

Quedóse quieto, tras una convulsión final. Desorbitados los ojos, trémulo y terrible el gesto. Engarfiados los dedos en torno al plástico brillante y rojo de su teléfono.

Estaba muerto.

Muerto en su habitación, mitad despacho y mitad dormitorio. Con un volumen apenas iniciado en su lectura, allá sobre la mesa. Un volumen vulgar, encuadernado en rojo oscuro, con grabados en oro, abierto por sus primeras páginas...

Solo. Sin nadie alrededor. Sin nadie en la casa. Sin nadie en ninguna parte, salvo él mismo.

Él... y la Muerte.

Así murió la tercera víctima.

Así murió Sinclair Queen, huesudo, pálido, tristón y nervioso.

Sinclair Queen, miembro del Centro Atómico del Gobierno de Su Majestad.

Sinclair Queen, uno de los seis que logró arrojar del Centro a Norman Ritcher, por posible delito de alta traición no probada...

CAPÍTULO VI

—Sinclair Queen... ¡Ahora ha sido él...!

Dick Canary sacudió la cabeza enérgicamente. A su lado, Irish Greene tomó un sorbo de café, con expresión preocupada.

—Doyle, Van Dine, Queen... —repitió lentamente—. ¿Qué sucede, Dick? ¿Qué está pasando en esta ciudad?

—No sé... —Repentinamente, Dick sacudió la cabeza. Era raro. Repentinamente, algo había vuelto a pasar por su mente, sin explicación razonable. Y, como otras veces, se había perdido en el limbo de las ideas confusas, no concretas. Aquel *algo* inaferrable, huía de su cerebro una vez más. Respiró con fuerza, tomando también café con premura, antes de añadir, sobreponiéndose a aquella fugaz impresión indefinible—: No sé, Irish. Es grotesco todo esto. Queen murió en su casa, anoche. Vivía solo. Sin nadie cerca. La casa estaba cerrada por dentro. No entró ni salió nadie, al menos que dejase huellas. La humedad y el aire de la noche le obligaron a cerrarlo todo. Pero eso no evitó que la muerte llegase hasta él, una vez más...

Los dos jóvenes siguieron desayunando en silencio. Irish desvió sus ojos hacia la última edición de los diarios, con un titular sensacionalista en primera plana:

«¡La muerte invisible ataca de nuevo!

»¿Quién logra atravesar puertas y ventanas cerradas, muros espesos, hasta llegar a sus víctimas? ¿Qué hace Scotland Yard por penetrar en el extraño misterio?».

—Grotesco —convino Irish, pensativa—. Es la palabra exacta para definir todo esto. ¿Por qué, Dick? ¿Cuál es el móvil?

—Al parecer, una venganza. Y Norman Ritcher, un loco peligroso e histrión, el culpable.

Le refirió la historia. La joven Irish escuchó la historia en silencio. Meneó su pelirroja cabecita risueñamente, pese al horror del relato.

—Suen a algo *demodé*, Dick —dijo bruscamente.

—¿Eh? —Canary dio un respingo—. ¿Qué has dicho?

—No sé... Todo parece como traído por los pelos... Igual que una farsa.

—Ritcher es un actor. Creó su propio drama. Y me temo que no sea un Shakespeare, aunque mata con más efectividad que el genio de Stratford. Cuando menos, él elimina seres humanos, no gentes de ficción en un escenario.

—¿Cómo puede hacerlo? Ritcher podrá ser un vengativo feroz, capaz de disfrazarse de Blancanieves —sonrió Irish—. Pero ¿por *dónde* entra y por *dónde* sale, para cometer esos crímenes?

—Ése es el gran misterio, por ahora. Temíamos la posibilidad de un tercer crimen, pero no pensamos que llegase tan pronto. Queen estaba sobre aviso, temía algo... y, sin embargo, le tocó a él.

—¿Dónde puede estar Ritcher ahora?

—Nadie lo sabe. Tú te burlas, pero un actor capaz de cambiar su fisonomía, podría estar ahora en cualquier parte, incluso cerca de nosotros... sin saberlo tú ni yo.

Irish miró en torno, preocupada. Luego, no pudo evitar una risa y una broma:

—Tal vez aquella señora obesa, la de los grandes senos...

—Oh, Irish, no te tomas nada en serio —se irritó Canary, terminando su café. No probó las tostadas. Se puso en pie, tirando su servilleta sobre la mesa—. Bien, te dejo.

—¿Ya? —se sorprendió ella—. Creí que me esperarías... Debo grabar ese programa en el Estudio Dos...

—Volveré a recogerte a las once —dijo Canary, mirando su reloj—. Puedes ofrecer a la BBC y a sus telespectadores todas tus experiencias de universitaria en Estados Unidos, mientras yo hago algo que me atrae profundamente, aunque quizá sea tan inútil como en ocasiones anteriores.

—¿Qué es ello? —se interesó ella, sin moverse de su mesa, en la cafetería interior del edificio de la BBC.

—Visitar la casa de Sinclair Queen... y en especial la estancia donde fue asesinado por el criminal invisible.

—Te has tomado muy en serio tu papel de detective, Dick —se mofó ella, irónica.

—Mucho —asintió él, con cierta sequedad—. Es ya como un desafío. El asesino pudo ser el que me hirió ayer. Si es así, el desafío es repetido. Pero ya no se trata de una revancha por la lesión, sino de un afán profesional. El culpable juega a desafiar todo razonamiento lógico, toda posible teoría verosímil. Todos sabemos que nadie puede matar a distancia, pero de algún modo, él lo está haciendo y riéndose de todos nosotros. Es mi orgullo de escritor el que se siente herido. Si yo quisiera planear una novela así, no sabría *cómo* explicar estos asesinatos. Es lo que me irrita, Irish. Lo que quiero descubrir. Hasta ahora, he fracasado miserablemente. No sé cómo llegó el veneno hasta las arterias o la piel de Doyle y de Van Dine. Ahora... ahora sólo Dios sabe qué clase de elemento letal habrá empleado el ingenioso asesino para su tercer crimen...

—Isótopos radiactivos, Canary.

—¿Qué? —estalló Richard, estupefacto.

—Lo que ha oído. Simple y llanamente, radio-isótopos. Es un envenenamiento total por medio de radiactividad provocada por pequeñas partículas atómicas, reactivadas en alguna pila nuclear. Un crimen diabólico... y fantástico, además.

—Radiactividad... ¡para matar a un experto en energía nuclear! —jadeó Canary, muy pálido—. Superintendente eso... eso es increíble, inaudito...

—Como todo lo anterior. Pero ha sucedido. Queen sufrió los efectos radiactivos en sus centros nerviosos, en su organismo todo. Tenía tan cerca la radiactividad, que falleció en escasos segundos. No pudo ni siquiera marcar un número al teléfono. Pero al dejar descolgado el teléfono, provocó la alarma en la centralilla de su zona y luego en la policía... Así hallamos tan pronto el cuerpo.

—¿Y... y la casa?

—Clausurada por los expertos del Gobierno. Hay radiactividad dentro. No se permite entrar a nadie. Nosotros lo hicimos con trajes especiales, y extrajimos el cuerpo de Queen, para someterlo a un proceso de descontaminación, antes de cualquier autopsia. El contador «Geiger» fue elocuente. La radiactividad le mató.

—¿Es mortal el índice de radiación en su vivienda?

—No. Pero el Gobierno adopta medidas de todo tipo, para evitar males mayores.

—Entiendo. ¿Cuándo podré ver aquello, superintendente?

—No antes de mañana. —Allen sacudió la cabeza—. Pero me temo que tampoco logre gran cosa, como pasó las veces anteriores. Esto es un poco disparate. No hay quien lo entienda, amigo mío.

—Hace tiempo que pienso igual. Pero en alguna parte, en algún indicio que se nos escapa, está la clave de todo. ¡Dios mío, si pudiese dar con ella de una vez por todas...!

—Canary, olvídense de sus fantasías —le reprendió secamente Allen—. Esto es la realidad, no una de sus malditas novelas...

—Empiezo a pensar que se parecen demasiado entre sí —suspiró Canary—. Irish tuvo razón en eso. Todo esto es tan efectista, tan artificioso en apariencia...

—Pero tan real, Canary, que se cuentan ya tres cadáveres... ¡y maldito si sabemos nada de nada respecto al culpable, sus motivos y sus métodos de matar!

—Creí que ya tenía asesino y móvil...

—¿Ritcher y la venganza? Por supuesto, cada vez toma eso más forma, pero ¿dónde anda Ritcher, qué personalidad adopta ahora... y cómo lleva la muerte hasta sus víctimas?

—Averíguelo pronto, superintendente —susurró Canary—. O tendrá pronto cuatro víctimas en vez de tres...

Diciendo esto, Dick abandonó la oficina de New Scotland Yard, dejando en ella a un policía sombrío, taciturno y completamente desorientado en aquel laberinto sin posible salida, que era el caso del asesino fantasma.

La puerta se franqueó ante Dick Canary. A su lado, Irish Greene, su joven amiga y antigua compañera de estudios, era toda la compañía que llevaba consigo en esta ocasión.

El policía se apartó, respetuoso.

—Pueden pasar —dijo—. No hay peligro alguno.

—¿Desapareció la contaminación? —Fue la pregunta del escritor al agente de uniforme de la entrada.

—Por completo —el *policeman* se encogió de hombros, con aire escéptico—. Los científicos del Gobierno no lo entienden, pero la radiación se evaporó con excesiva rapidez para sus cálculos.

Alguien comentó que eran radio-isótopos muy potentes en su forma inicial, para luego extinguirse con celeridad, quizá porque las partículas sufrieron un proceso especial de reactivación. No entiendo mucho de eso, pero es lo que hablaron, poco más o menos, señor.

—Sí, entiendo —afirmó Canary, pensativo—. Gracias, amigo.

Entró, tomando por una mano a Irish. Avanzaron por el apartamento moderno y bien cuidado de Sinclair Queen, el experto del Centro Nuclear del Gobierno. Al fondo, una puerta señalada con tiza por la policía, marcaba el punto-clave: el dormitorio y gabinete de trabajo del científico fallecido.

—No debiste venir a esto, Irish —comentó Canary—. Podría ser arriesgado...

—¿Tú crees? —dudó ella, risueña—. El policía afirmó que no hay riesgo. Y también el superintendente, y los expertos nucleares...

—No me refería a la contaminación radiactiva, Irish.

—¿No? —Ella le miró, sorprendida—. ¿A qué, entonces, Dick?

—Al asesino —fue la desconcertante respuesta de él.

—¿El asesino? —La sorpresa de la joven fue en aumento—. ¿Qué quieres decir?

—Yo ignoro el riesgo en que me meto al investigar todo esto. Pero lo acepto de un modo previo, casi deportivo. Tú no tienes por qué arriesgarte también. Eres una mujer, Irish.

—Y, como tal, curiosa. Y observadora —sonrió ella—. ¿No puedo serte de gran ayuda en el juego?

—Por supuesto. Pero insisto en ese posible riesgo.

—Yo lo acepto, igual que tú. Un ser capaz de planear esa forma de matar, sin dejar rastro de su presencia ni del arma utilizada, ha de ser forzosamente temible. Y cruel. Implacable, diría yo. Pero no me asusta por ello.

—Está bien. Ya te advertí. Siempre fuiste muy obstinada. Al menos, cuando eras estudiante. No tenías por qué ser diferente ahora. Sólo has cambiado en tu físico. Entonces eras muy atractiva, Irish.

—¿Y ahora? —se sorprendió ella.

—Ahora eres arrebatadoramente atractiva —sonrió él, adentrándose en la casa del científico nuclear, seguido por su amiga y compañera.

Un contador «Geiger», en la misma entrada al gabinete-dormitorio, señalaba la radiación prácticamente nula que procedía del exterior. El parpadeo de su roja luz y el zumbido de su detector, eran pausados, muy lentos y débiles.

—Vamos —señaló Canary, tras echar una ojeada al instrumento—. No hay peligro en eso.

Entraron decididos. Se enfrentaron a una cama individual, cubierta con una colcha de color rojo oscuro, con dibujos negros. Estanterías con libros a la cabecera, un cenicero repleto de puntas de cigarrillos, una botella de *whisky* escocés, un vaso de grueso vidrio, con la marca de otro *whisky* también *scotch*, y una fotografía de Su Majestad, la reina, en el muro.

Eso formaba un ángulo de la habitación. Dos escalones conducían a un desnivel donde se hallaba el estudio de trabajo del solitario científico. Una mesa, un par de asientos, más libros, una caja de cigarrillos, un encendedor de mesa, a gas, fósforos largos de madera en un recipiente cilíndrico, rotuladores, blocs de papel, carpetas de documentos y de planos y fórmulas relacionados con la Física Nuclear, algunas publicaciones especializadas, en inglés y en francés, y hasta diarios cuidadosamente plegados, de reciente fecha.

Nada era anormal ni fuera de lo común en un lugar así, ni con un hombre como Sinclair Queen ocupando la casa. Perplejo, Canary se frotó el mentón, cambiando una mirada de indecisión con Irish.

—Ya ves —dijo—. Nada notable en ninguna parte. ¿De dónde llegaron los isótopos radiactivos, Irish? Otra vez la muerte llegó invisible... y a través de los muros. Como en un relato de fantasmas o de ciencia-ficción. Esto no encaja en los misterios policiales.

—Yo opino lo contrario —rechazó Irish, examinando todo críticamente, sin tocarlo—. Encaja por completo. Y parece mentira que tú, un escritor, hable así. ¿Dónde dejas el famoso problema del «recinto cerrado», que planteáis algunos, como un auténtico juego de ajedrez, al lector desafiado?

—Eso es en las novelas, Irish. Yo hablaba de la realidad.

—Estamos en una realidad parecida a tus novelas o a las de otro autor cualquiera del género amarillo —sonrió la joven con ironía—. Tomemos las cosas por ese lado. ¿Cómo introducirías tú el instrumento de muerte en una situación semejante, si te plantearas el problema ante tus cuartillas?

—No lo sé —refunfuñó Dick—. No me lo he llegado a plantear seriamente aún.

—Pues hazlo —rió ella, deteniéndose junto a la mesa de trabajo de Queen—. Es una forma de llegar a alguna parte. Tú, el autor, eres el asesino. En teoría, claro.

—Menos mal —arrugó el ceño Canary—. Para el superintendente Allen, dudo mucho a veces que no sea el sospechoso número uno, y no me tolere todas estas intromisiones pensando en darme cuerda para que yo mismo me ahorque.

—Si te lo propones, puede que des con una solución teórica, Dick, que se pueda aplicar a este caso y a los otros dos. Tal vez eso es lo primero que hizo el asesino, hasta dar con la trama perfecta. Es como escribir un libro, ¿comprendes? —Puso su mano, distraídamente, sobre las tapas rojo oscuras, con grabados de oro, de un pequeño volumen sobre la mesa repleta de objetos, papeles y carpetas del científico asesinado por medio de la energía nuclear—. Un libro con la propia vida real...

—Un libro... —masculló Canary, sacudiendo la cabeza, distraída su mirada. Dio media vuelta, caminando por la estancia, con las manos en los bolsillos de su pantalón—... Esto que está pasando no es ningún libro, Irish. La muerte no está en unas hojas de papel, sino en las tres dimensiones de la existencia cotidiana nuestra y...

Se paró en seco. Como si de repente hubiera echado raíces en el suelo del gabinete-dormitorio. Irish le miraba, esperando el resto de sus palabras. Le vio girar la cabeza con sobresalto, la mirada centelleante, el gesto entre tenso y excitado.

—Dick... —se alarmó—. Dick, ¿qué te ocurre?

—El libro... —jadeó Canary—. Irish, tú... tú lo has dicho. Tú has dado la solución...

—¿Yo? —Parpadeó ella, asombrada.

—¡El libro, sí! Ese libro... —La mano de Dick Canary señaló rígidamente a la mesa. Al volumen forrado de roja piel.

—¿Éste? —Irish se dispuso a tomarlo, perpleja.

—¡No! —aulló él—. ¡No lo toques, por el amor de Dios!

Ella retiró la mano, como si dentro del volumen pudiera ocultarse un áspid mortal.

Estudió con incertidumbre a su compañero.

—Dick, ¿de veras te encuentras bien? —dudó.

—No me he vuelto loco de repente, si es eso lo que temes. Iris, ese libro... *ese mismo libro* estaba antes en *todos* los lugares donde alguien fue muerto misteriosamente... ¿Te das cuenta? EL LIBRO ES EL ASESINO.

—El libro... Pero, Dick, y la víctima...

—La víctima... es el lector —susurró él, estremeciéndose, fija la vista en el volumen forrado de piel rojo oscura.

CAPÍTULO VII

—Canary, ¿está seguro de lo que dice?

—Estoy convencido, superintendente. Pero hace falta probarlo aún. Por eso le ruego que haga examinar inmediatamente esos tres volúmenes idénticos, que vi en cada lugar donde un hombre murió de modo fantástico.

—Lo haré. —Allen descolgó el teléfono inmediatamente, para dar las órdenes oportunas—. Manipularán cada libro cuidadosamente, sin abrirlo ni tocarlo directamente.

—¿Qué espera que podamos encontrar en ellos?

—No lo sé. Una forma de veneno letal. Y radiactividad.

—Pero ¿dónde? ¿Oculto entre la encuadernación, acaso?

—Lo ignoro. Es endiabladamente astuto y refinado el procedimiento, superintendente. No puede ser simple casualidad. Le ruego que no pierda tiempo. Y, por favor, llame urgentemente a los demás. A los tres supervivientes del grupo de seis personas que lograron la expulsión de Norman Ritcher de las dependencias del Gobierno.

—¿Teme que...?

—Temo lo peor. Hágalo, se lo ruego. Al menos, con dos de ellos: Agatha Dickson y *sir* Stanley Wallace. Yo iré a ver inmediatamente a mi amigo Biggers. Será preferible que le avise personalmente. No, es mejor que me anticipe. Que le llame ahora mismo, aunque luego vaya a explicárselo. Pero vale más que él sepa algo. Que no toque libro alguno que pueda recibir... Unos minutos perdidos, pueden ser la diferencia entre el caos y la salvación.

—Utilice ese teléfono —señaló otro aparato de su mesa el policía—. Tiene línea directa con el exterior. Yo enviaré una brigada a los domicilios de Van Dine, Doyle y Queen. Espero llegar a tiempo en todos los casos. También avisaremos inmediatamente, sin pérdida de un solo minuto. Pero. Canary, ¿se ha dado cuenta de que todo

este jaleo puede ser promovido sin utilidad práctica alguna? Usted puede equivocarse en su descabellada teoría...

—Claro que puedo equivocarme. Es el riesgo que corro. Pero si no me equivoco... habremos salvado quizá tres vidas humanas, superintendente —le recordó con tono grave Dick, marcando febril un número de Kensington.

Esperó, mientras sonaba el murmullo de la voz apremiante de Allen, dando órdenes rápidas a sus hombres. El teléfono sonaba insistente, al otro extremo del hilo, sin que nadie tomara el receptor. Se mordió el labio, impaciente.

Quizá John L. Biggers, el gordito, afable y carilleno funcionario del Government's Office, no estuviera en casa ahora.

O quizá estuviese muerto ya.

Un enorme peso se le quitó de encima, cuando sonó el chasquido al final de la línea, y la voz risueña de Biggers se percibió con nitidez:

—¿Sí? Biggers al habla. ¿Quién llama?

—John, Dios sea loado. Me alegra encontrarte —habló con voz atropellada Canary.

—¿Sí? —La sorpresa en el tono de Biggers fue evidente—. ¿Qué diablos te ocurre, Dick? Porque eres Dick Canary, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas. John, éste es un aviso de la máxima urgencia e interés para ti y tu vida. Estás en peligro.

—¿Bromeas?

—Dios sabe que no. Murieron ya Doyle, Van Dine y Queen. Son tres, John.

—Lo sé. Acabo de saber lo de Sinclair Queen. Pero es ridículo pensar que también yo pueda...

—John, formabas parte de la junta que expulsó a Ritcher del Centro de Energía Nuclear del Gobierno. Eso basta.

—¡Diablo! ¿Quieres decir que él... él pudo...?

—Existen noventa posibilidades entre cien. O quizá más. Hasta ahora, todos los muertos formaban parte de esa junta, tú lo puedes saber mejor que nadie.

—Pues... sí, pero no veo cómo... ni por qué...

—El porqué es fácil: un sentimiento tan antiguo como el mundo. El odio, John. La venganza de los que cree culpables de su inhabilitación. El *cómo*... acabamos de descubrirlo, creo.

—¿Qué quieres decir?

—John, por el amor de Dios. No toques ningún libro que recibas o poseas ya, ¿entiendes?

—¿Te has vuelto loco? —masculló Biggers, con voz asombrada.

—Es lo que todos me preguntan. No puedo alargarme en explicaciones. Iré a tu casa y te lo relataré, John. Pero debe bastarte esto: no toques libro alguno. No lo hagas, *o morirás*.

—Dick, ¿estás hablando en serio, o eso forma parte de una de tus novelas recientes?

—Vete al diablo, John. Hablo totalmente en serio. Nunca lo hice con mayor seriedad. La muerte llega en un libro. Te explicaré cómo cuando te vea. Obedece ahora, si quieres salvar tu vida. Especialmente, respecto a un libro forrado en color...

Se detuvo. John L. Biggers estaba riendo a carcajadas, al otro extremo del hilo. Eso le enfureció. Gritó, tratando de sobrepasar el tono de la risa de su amigo:

—¡John, te lo ruego! ¿Me escuchas o no?

—Oh, perdona... —La hilaridad de Biggers se detuvo sólo a medias—. Perdona, pero es que precisamente estaba leyendo ahora estoy... y me causó risa oír tu comentario...

Sin duda todo forma parte de un juego literario tuyo. No puede ser de otro modo...

—¿De qué estás hablando? —Se irritó Dick.

—Verás... Tengo ante mí un libro. Lo empecé a leer. Escucha su inicio: «¡Cuidado, lector! Tienes en tu mano un libro que puede terminar con tu vida. Has pasado ya unas páginas. Y también la portada... Empiezas a leer esta primera página... Simple, ¿no? Muy simple. Casi rutinario. Y, sin embargo, lector, acabas de firmar tu sentencia de muerte. Vas a morir...». ¿Oyes eso, Dick? ¿No tiene gracia? ¿No es una original manera de empezar un libro, diciendo al lector que se muera, poco más o menos?

—¡John, ese libro...! —rugió Canary lívido, haciendo dar un respingo a Allen, y volver la pelirroja cabeza, con sobresalto, a Irish Greene, presente en la escena—. ¡Aparta ese libro, huye de alguna forma, escapa de tu casa antes de que sea tarde...!

—Pero... pero, Dick, eso es ridículo y...

Fue todo lo que dijo la voz de John L. Biggers, al otro extremo del hilo. De repente, llegó por el auricular el eco de una tremenda

explosión, un ruido atronador, que retumbó en el tímpano de Canary brutalmente, incluso a pesar de la distancia.

Después, se hizo el silencio absoluto. Y una señal intermitente, de interrupción en la línea. El horror dilató los ojos del joven novelista.

—¡John, John! —jadeó. Elevó más el tono, estrujando el teléfono entre sus dedos nerviosos, húmedos—. ¡John! ¿Me oyes? John, ¿qué ha sucedido...?

Elevó los ojos dilatados hacia el policía. Su faz trémula era una máscara del color de la cera. El teléfono cayó de su mano, golpeando sordamente la mesa.

—Superintendente... —jadeó—. Pronto, envíe un coche-patrulla a Kensington, a Cornwall Gardens... Greenville número 32... Me temo que hemos llegado tarde. John L. Biggers es la cuarta víctima del libro... y esta vez por medio de una carga explosiva...

Había hasta tres coches patrulla en el área cuando Dick Canary llegó al lugar, en compañía de Irish. El humo escapaba aún por las ventanas destrozadas de la planta alta del edificio. Nutridos grupos de curiosos rodeaban el lugar a prudente distancia. Los *policemen* y los bomberos salían y entraban de la casa. El sargento Sean Muldigan corrió a saludar a Canary, impidiéndole avanzar más.

—No, aún no —le rogó—. Hay un escape de gas, y puede producirse otra explosión. Vale más que esperen aquí, aunque creo que se han tomado todas las medidas de seguridad, cortando el suministro de gas a la zona. Ha sido una explosión muy virulenta.

—¿Víctimas...? —indagó Canary febrilmente.

—Sólo dos: Biggers, muerto en el acto. Y luego una mujer herida, la patrona de John L. Biggers. No parece grave. Estaba a alguna distancia del lugar de la explosión. Ésta fue fuerte, pero limitada a un área reducida. Todo parece indicar la acción de algún artefacto, quizá un plástico explosivo...

—Casi seguro, sargento. Un plástico no muy grande. Como los utilizados por árabes e israelíes en su correo mortífero, poco más o menos. Unas cápsulas gelatinosas, unas baterías especiales, quizá sensibles a la luz, pero con cierto tiempo calculado para que la luz active el mecanismo de percusión y haga reventar el explosivo.

—¿Cómo sabe tanto de eso, señor? —se sorprendió el sargento,

mirándole con algún recelo.

—Desgraciadamente, mis sospechas se han cumplido. El superintendente le explicará eso, sargento Muldigan, pero el lugar donde se ocultaba el explosivo era tan inocente que nadie podría sospecharlo: un libro. Un simple volumen, forrado quizá en cuero rojo oscuro...

—He visto libros así antes de ahora... —arrugó el ceño Muldigan.

—Oh, claro que los ha visto —asintió Dick, pensativo—. En casa de Dennis Doyle, de Wade van Dine, de, Sinclair Queen... No sé si ahora llegaremos a encontrar restos de otro de esos libros ahí dentro... Se utilizó veneno en dos ocasiones, isótopos radiactivos en una... y ahora un explosivo. Me pregunto qué método se utilizará la próxima vez...

—¿La próxima vez? —Pestañeó Muldigan, alarmado.

—Sí, sargento. Por desgracia, esto parece una venganza sangrienta y atroz, sobre seis personas exactamente. Cuatro han muerto ya. Quedan solamente dos con vida...

—¿Y son...?

—Agatha Dickson, del Almirantazgo. Y *sir* Stanley Wallace, del Parlamento y la Junta de Control de Seguridad Nacional... Ambos están en grave peligro de muerte, si no evitamos a tiempo que reciban y lean uno de esos mortales libros...

—Cielos, un libro... ¡Un libro es el arma del crimen! —Muldigan meneó con energía su cabeza—. Eso parece propio de un programa de televisión, no de la vida real.

—A mí, personalmente, nunca se me ocurrió tal modo de matar, ni siquiera en mis novelas —confesó Canary, con un suspiro—. Es evidente que Norman Ritcher posee una inteligencia fuera de lo normal, grandes recursos e ingenio, y una fantasía a prueba de toda posible duda.

—¿Ritcher? —El sargento se rascó el cabello—. Vaya un tipo... Seguimos buscándole por todo Londres, e incluso por todo el Reino Unido se extiende la orden de captura contra él. Pero aún no tenemos nada positivo al respecto...

—Dios quiera que lo tengan pronto. Ha debido enviar ya esos libros —reflexionó en voz alta Canary, contemplando el edificio humeante, donde viviera su amigo. Meneó la cabeza, con gesto de

amargura—. Si el superintendente logra descubrir el origen de los volúmenes de la muerte... y son avisados a tiempo *sir* Stanley y Agatha Dickson... habremos salvado las dos últimas vidas en peligro. Lástima que John no me escuchara... y hubiese abandonado ese libro... y la casa también.

—Ahora es tarde para lamentarse, señor. Él ha muerto ya. Estaba junto al foco de explosión al ocurrir ésta. No es agradable ver cómo quedó su cuerpo...

—Lo supongo —dijo, con voz ronca.

E Irish vio por primera vez a su amigo realmente afectado y conmovido. Quizá por ello ni siquiera hizo comentario alguno, limitándose a contemplar las dos destrozadas, ennegrecidas ventanas correspondientes al lugar donde, una vez más, un libro había asesinado a su lector...

—Tenía usted razón, Canary —suspiró el policía. Luego, miró a *sir* Stanley Wallace, presente en su despacho, impecable con su paraguas y su bombín de tradicional ciudadano británico. La flema no había abandonado a aquel hombre ni siquiera en la actual situación de emergencia—. ¿Seguro que no podrá localizar a la señorita Dickson?

—Seguro —se lamentó Wallace, sacudiendo su cabeza con énfasis—. Estuvimos ayer en el club, pero me dijo que se marchaba al norte del país, a pasar tres o cuatro días de descanso, lejos de todo y de todos. Le había afectado mucho la muerte de esos tres buenos camaradas nuestros. Y eso que aún ignoraba lo del pobre John...

—¿Desconoce usted su punto exacto de destino? —Había un tono de inquietud en la voz de Canary.

—Por completo, mi joven amigo —se expresó *sir* Stanley con altivez, aunque afable—. No tenemos nadie en el círculo la menor idea de su paradero. A Agatha le gusta ser así.

—Esperemos que tampoco Ritcher lo sepa —masculló Ralph Allen entre dientes.

—¿Ritcher? —Enarcó las cejas *sir* Stanley con gesto de aversión—. ¿Ese horrible personaje que manipulaba secretos británicos para especular con extranjeros?

—Por desgracia, hay un montón de probabilidades, por no decir

la seguridad absoluta, de que sea Norman Ritcher el responsable de esta matanza —afirmó el policía. Luego, se volvió hacia Canary, con expresión ceñuda—. Todo se confirmó, amigo mío. Ese asesino es de una imaginación y crueldad realmente terribles. Hallamos residuos de un plástico especial, diluible al contacto con la temperatura ambiental, entre las páginas del libro que recibió Doyle. Los expertos suponen que formaba parte de un sencillito pero eficaz resorte que disparó algún dardo, también de plástico soluble, que penetró con la escasa dosis de veneno tropical en la sangre de Doyle, hiriéndole en el rostro e inoculándose en cualquier vena o arteria fácilmente. Luego, por sí solo, el resto del mecanismo diminuto e ingenioso se disolvió, no dejando casi huella.

—¿Y el segundo crimen? —se interesó Irish.

—¿Van Dine? El papel, señorita Greene... Papel saturado de un veneno epidérmico muy activo, paralizante del sistema nervioso, en sus primeras páginas. El simple contacto con los dedos introducía la muerte en el cuerpo del lector. Luego, esa sustancia se disolvía, como simple gas, sin dejar rastro, salvo al someter el libro a procedimientos químicos especiales y observación electrónica.

—Están los radio-isótopos que mataron a Queen... —señaló Canary, pensativo.

—Las letras, amigo mío.

—¿Qué?

—Las letras impresas. Ingenioso y terrible. Pero exige dominar la energía nuclear, poseer medios, tener acceso a una pila atómica para crear los radio-isótopos e incrustarlos en la impresión de las páginas iniciales. Cada letra, emitiendo su fuerza radiactiva sobre el lector, le saturaba rápidamente, hasta matarle. Luego, la poderosa energía acumulada en tan diminutas y casi invisibles partículas unidas a la tinta de imprenta, se iba diluyendo, hasta desaparecer, sin peligro ya para nadie...

—Y, finalmente, el explosivo insertado en el cuarto volumen... —concluyó Dick Canary, sombrío—. Toda una galería siniestra de horrores, creados por una mente enfermiza. Terrible y, por desgracia, admirable a la vez, señores. Norman Ritcher es un monstruo, pero también un genio del crimen.

—Cielos, es como un *puzzle* creado por una mente maestra —comentó trivialmente *sir* Stanley Wallace, apoyándose en su

paraguas, tranquilo y sobrio—. Me recuerda los viejos tiempos de nuestra juventud, el Club del Crimen y todo aquello...

—¿Club del Crimen? —Canary se volvió, mirándole curioso—. ¿Qué es eso?

—Oh, antiguas aficiones nuestras —rió entre dientes el noble—. Éramos un grupo de amigos aficionados a esa literatura que ustedes, los jóvenes escritores de ahora, han convertido en una desagradable sucesión de episodios violentos y eróticos. Entonces era diferente: un problema, una auténtica partida de ingenio, como un *match* de ajedrez, entre escritor y lector. Un desafío a éste, con el enigma de turno, resuelto en su final por procedimientos ortodoxos, casi científicos. Ah, las novelas de misterio de entonces... Eran otra cosa, sin que ello deba ofenderle, joven señor Canary. Algo así como esto de ahora: un auténtico alarde de ingenio y de fantasía, para nuestro solaz. Por eso éramos tan aficionados. Y por eso nos uníamos en la lectura de ese género admirable. Me parece estar viviendo, en una dimensión superior, la trama de uno de aquellos portentosos libros... También John formaba parte de nuestro viejo club. Y otros amigos, como Doyle, Agatha Dickson... Ese tipo, Ritcher, es execrable como persona, usted lo dijo. Pero no se le puede negar una imaginación fuera de toda duda. Si Biggers, que siempre fue el más imaginativo de todos nosotros, hubiera sabido esto con tiempo, hubiese disfrutado con la historia, sin poder odiar o temer por completo a Ritcher, ante la admiración que provoca su alarde criminal.

—Están ustedes idealizando a un asesino despiadado y feroz, *sir* Stanley —se disgustó el superintendente—. Espero, cuando menos, que usted no acepte su desafío de ingenio y de macabro sentido del humor leyendo ese volumen cuyo inicio es tan prometedor...

—¿Todos comienzan igual? —indagó Canary.

—Todos, sí. Su prólogo ya dice al lector con claridad lo que va a sucederle. Sólo que... nadie debió tomarlo totalmente en serio cuando lo leyó. Y lo comprendo.

—Una pregunta que me intriga, superintendente —pidió el joven escritor—. ¿Y... el resto del libro? ¿Qué dicen las restantes páginas de ese volumen?

—Nada, amigo mío —suspiró el policía—. Están todas en blanco...

CAPÍTULO VIII

Popular British Associated Publisher, Inc.

Era todo lo que poseían. Eso, y una dirección. Canary acompañó al superintendente a aquel sitio, en el coche patrulla correspondiente.

No se sorprendió demasiado cuando se enfrentaron a un solar sin edificio ni número alguno, al final de una calle solitaria de Earls Court. No existía tal editorial ni tal edificación. Todo era tan falso como el resto del volumen de tapas rojas.

—Otro fracaso —refunfuñó con disgusto Ralph Allen—. Veremos si también nos falla la distribuidora que se cuida de enviar los paquetes postales a domicilio...

No. Ésa no falló.

Era una pequeña oficina en South Kensington, no lejos de Fulham Road. Home Service, era su escueto nombre. Se cuidaba de repartir por el área metropolitana los envíos domiciliarios de paquetes, regalos y distribuciones editoriales.

Un hombrecillo de gruesas gafas con montura de concha les atendió tras el mostrador de la oficina, oscura y triste, repleta de paquetes.

—Sí, nosotros hicimos esos envíos —asintió, tras ver los envoltorios sellados con un tampón de goma, donde rezaba el nombre de la agencia—. ¿Alguna reclamación sobre ello, caballero?

Ralph Allen mostró su credencial, y el hombrecillo se agitó visiblemente, mirando a su visita con inquietud.

—¡La policía! —susurró—. Cielos, ¿se trataba de algo ilegal, tal vez?

—No creo que ustedes cometiesen ilegalidad ninguna distribuyendo esos paquetes —trató de calmarle el superintendente—. En todo caso, su remitente fue el que pudo hacerlo. Me gustaría me indicase quién fue el cliente que le pidió repartiera estos

paquetes a domicilio.

—Por supuesto. No es costumbre proporcionar datos a nadie en esta agencia, pero tratándose de la policía... la cosa cambia. Venga, por favor. Revisaremos el libro de registro, y sabremos eso.

—¿También puede saber *cuántos* libros fueron repartidos, y a quiénes? —se interesó Allen, tras una rápida mirada de inteligencia con Canary.

—Pues sí, señor superintendente, espero que sí —afirmó el oficinista, temblándole la mano de modo ostensible al revisar sus libros de control.

Finalmente, su dedo se detuvo en una serie de líneas. Elevó la voz:

—Oh, vea. Aquí está. Fueron seis envíos, exactamente. Seis paquetes a domicilio. Aquí tiene usted todas las direcciones, tal como venían en los envoltorios mecanografiadas...

Asintió Allen. Allí estaban todos. Los seis, en perfecto orden por rigurosa recepción hasta entonces. Los últimos nombres eran bien visibles al final de la lista: *sir* Stanley Wallace. Y Agatha Dickson, como final de la lista.

Canary arrugó el ceño. De nuevo aquello que no lograba definir bailoteó en su mente, para desvanecerse cuando habló el hombre, señalando otra línea:

—Vea, superintendente... Aquí está el remitente. Y ésta es su firma, su dirección...

Miró Allen. Miró Canary. Se miraron luego los dos.

—Norman Ritcher —dijo secamente el policía.

Canary asintió, sin comentar nada. Señaló unas cifras en la lista de destinatarios del libro.

—Las fechas de entrega, ¿me equivoco? —preguntó.

—No, señor, no se equivoca. Fue deseo del remitente, señor, que hiciéramos cada entrega con un día de diferencia. Un paquete cada día. Una curiosa orden, pero el cliente manda. Pagó la tarifa estipulada, y se fue. Eso es todo.

—¿Podría identificarle usted, sin lugar a dudas? —preguntó Allen abruptamente.

—Pues... no sé, señor —el hombrecillo tragó saliva—. Me gustaría cooperar, pero ignoro si será posible... Quiero decir que no estoy seguro de que pueda...

—Está bien. Veamos... —Allen hurgó en sus ropas. Extrajo dos fotografías. Un hombre de estatura media, más bien bajo, fornido, de ancho rostro y mirada fría, aparecía en ambas fotos ampliadas. Eran de Norman Ritcher, exfuncionario del Gobierno.

Puso las fotografías bajo una luz eléctrica, ante los ojos del oficinista. Éste examinó las mismas. Su gesto denotaba incertidumbre, falta de seguridad. Al fin, elevó la mirada.

—Podría ser él, sí... No lo recuerdo bien, pero era aproximadamente así... Ese tipo, quizá el gesto algo menos duro entonces. Me pareció amable. Y aquí no lo parece...

—Es hábil en disfrazarse —señaló Allen—. Incluso pudo cambiarse de color de cabello, parecer más grueso de rostro...

—Sí, algo más grueso, ya recuerdo —afirmó vivamente el hombre—. Pero el pelo era similar... Seguro que era algo así el aspecto de aquel cliente... ¿Es muy malo lo que hizo, señor, al enviar esos paquetes?

—No lo sabemos aún —mintió compasivamente Allen, para no hundir moralmente a aquel desdichado en un complejo de terrible culpabilidad por algo de lo que él no era responsable en absoluto—. Puede tratarse de estupefacientes, pero no lo hemos confirmado aún. Gracias, de todos modos. Es usted un buen ciudadano. Ha colaborado perfectamente con nosotros y quizá nos ayude con ello más de lo que cree...

Abandonaron la agencia. Se miraron, mientras el coche patrulla les conducía de regreso al centro de Londres. Ambos mantuvieron un cierto tiempo su silencio meditativo.

—Hoy recibirá *sir* Stanley su volumen —comentó Dick—. Y mañana, sin duda, estará el otro en casa de Agatha Dickson...

—Esperemos que ella no regrese inesperadamente y abra ese paquete... He puesto a dos hombres a la entrada de su vivienda, por si acaso, pero todo me preocupa y me asusta, Canary. Mientras Ritcher no sea capturado, el peligro existirá siempre. Ese hombre es un auténtico demonio, de tremenda imaginación...

—Sí —convino gravemente Canary—. Demasiada imaginación, para lo que *sir* Stanley opina de él. A veces, la gente nos engaña por completo...

Poco después, llegaban a New Scotland Yard. Les esperaban noticias rutinarias. La autopsia del destrozado John L. Biggers,

naturalmente, no aportaba luz alguna a los hechos. El explosivo, un artefacto pequeño y mortífero, de plástico gelatinoso a alta concentración, había dejado sus terribles huellas en el cuerpo y cráneo desgarrados e informes del desdichado científico. Pocas cosas de su vivienda se habían salvado. El teléfono, junto al cual estalló el artefacto, era un *puzzle* de trozos retorcidos. Del volumen que contuviera la carga mortal, apenas sobrevivieron jirones de piel roja, abrasada.

Unos objetos de metal, adornos y cortapapeles, un magnetófono a medio destruir por la explosión, y unos fragmentos de vidrio del mueble-bar de Biggers, era todo lo que el laboratorio poseía ahora para examinarlo, más por rutina que por otra causa.

Lo único sorprendente para Richard Canary fue la noticia que le facilitó el sargento Muldigan, proporcionada por el médico personal de John L. Biggers:

—¿Sabía usted que, aunque la muerte no le hubiera sobrevenido tan trágica y violentamente, su amigo Biggers tenía los días contados?

—¿Cómo? —se asombró Canary, enarcando las cejas.

—Sí... Padecía un tumor maligno. No se le podía intervenir quirúrgicamente. Tenía vida para poco más de un año...

Pero esa noticia no logró paliar el disgusto y la ira que Dick Canary sentía por el asesinato de otro amigo más, tras haber visto muerto, asimismo, a Wade van Dine, su mejor amigo.

Doris van Dine le contempló con dulce expresión en sus tristes y grandes ojos.

—Creí que habías, olvidado a las amistades, Dick —habló—. Me encuentro tan sola ahora...

—Lo sé, Doris. Debes perdonarme, pero has leído sin duda cuánto sucede...

—Lo he leído, y he escuchado los detalles por radio y televisión —afirmó ella—. Es un caso desgraciadamente muy popular. ¿No han capturado aún al asesino de Wade y de todos los demás?

—No, aún no —negó lentamente Canary. Contempló con simpatía y ternura a la joven viuda—. Doris, creo que hemos salvado a una víctima resignada de antemano: *sir* Stanley Wallace. Pero nos falta otra persona por poner a salvo definitivamente:

Agatha Dickson. Ella está fuera de Londres, en un lugar que nadie sabe. Si recibe uno de esos libros, sería funesto, a menos que escuche los boletines de noticias o lea el periódico... Y, según quienes la conocen, no acostumbra a hacer lo uno ni lo otro, cuando sale a descansar fuera de la ciudad.

—Es verdad. Wade comentó eso a veces respecto a la señorita Dickson. La apreciaba mucho —recordó Doris, con mirada trémula, melancólica. Se serenó, tratando de no pensar en ciertas cosas—. Es terrible que, precisamente ellos seis... tuvieran que unirse para ese desagradable caso Ritcher... Fue como firmar su sentencia de muerte, ¿verdad?

—Verdad, Doris. Y todo por ser rígidos con un presunto traidor o, cuando menos, un peligroso e inconsciente manipulador de secretos oficiales... Claro que ellos fueron elegidos para esa junta, de modo que el destino es el único responsable real de todo. Y me temo que al destino no se le pueden exigir responsabilidades legales —sonrió irónico Canary.

—El destino... y *sir* Stanley Wallace, para ser más exactos.

—¿Eh? —Canary enarcó las cejas, mirándola curioso—. ¿Por qué dices eso?

—*Sir* Stanley es tan culpable como el que más. Aunque supongo que alguien tenía que hacerlo, él, como miembro rector de la Junta de Seguridad, nombró a los demás miembros. Y fue idea suya elegir precisamente a los otros cinco...

—Pensaría en sus amigos más íntimos, en las personas de más confianza para un caso tan delicado y violento, Doris. No podemos culparle tampoco a él...

—No lo hago, Dick. Pero debió olvidarse de esos viejos cuentos de su Club del Crimen y todo eso. Una cosa nada tenía que ver con la otra. Y Wade, mi esposo, aún viviría...

—El Club del Crimen... Es la segunda vez que oigo hablar de eso. *Sir* Stanley lo citó en Scotland Yard ayer. ¿Sabes lo que significa?

—Wade me lo contó. Para él era ya algo pasado, casi infantil. Como para todos, seguramente, salvo para el melancólico *sir* Stanley Wallace, siempre apegado al pasado.

Demasiado tradicional para olvidarse de los ídolos literarios de su juventud...

—¿Wade perteneció a ese club?

—Sí. Como todos los demás.

—¿*Todos*? —Canary puso un gesto raro—. ¿Te refieres a... a Doyle, Queen, Biggers, Wallace... y Agatha Dickson?

—Exacto. Ellos cinco... y Wade. Los seis miembros principales, fundadores del Club del Crimen. Arrendaron un local, adquirían todas las novelas policíacas de sus ídolos y hacían de su lectura, análisis y estudio casi un rito. Cosas de solteros. Cuando uno se casaba, dejaba el club.

—Ahora recuerdo. Wade mencionó ese club poco antes de morir. Y yo no pensé...

—De todos modos, también los solteros han ido olvidando. Ya no les preocupa la obra de los grandes de la literatura amarilla, Dick. Es algo pasado —sonrió Doris—. Ahora es tu género el que priva. Más acción, meaos problemas cerebrales...

—Es la segunda vez que me comentan eso. Novelas cerebrales, novelas de acción... El Club del Crimen. Doris... —El gesto de Canary era sombrío—. Nunca lo pensé, la verdad...

—No tiene gran importancia. Quizá aún anden por ahí los viejos libros de Sherlock Holmes, de Poirot, de Philo Vance...

—*¡Eso es!* —gritó de pronto, roncamente, Richard Canary. Y se puso en pie de un salto, muy pálido y exaltado. Mirando con estupor, con incredulidad sin límites a Doris van Dine, la viuda de Wade.

—Cielos, Dick, me asustaste... —Le miró, sobresaltada—. ¿Qué te ocurre?

—El elemento que flotaba ante mí, el que quería aprehender sin lograrlo... Doris, ¿no te das cuenta? Wade VAN DINE... Dennis DOYLE... Sir Stanley WALLACE... Sinclair QUEEN... John L. BIGGERS... Y Agatha Dickson, nombre y apellido a la vez...

—¿A qué te refieres, Dick? —Parpadeó ella.

—El Club del Crimen, la novela policíaca clásica, el misterio de otros tiempos... El recinto cerrado, el crimen perfecto y casi imposible... Los árboles que impiden ver el bosque...

—¿Divagas, Dick? —Se inquietó ella—. ¿O deliras?

—Ni una cosa ni otra. Fíjate. Todos, absolutamente TODOS los miembros del viejo Club del Crimen, tienen apellido de maestro en el género: Conan Doyle, Agatha Christie, John Dickson Carr, Earl

Derr Biggers, S. S. Van Dine, Ellery Queen, Edgar Wallace... ¡Los mismos apellidos!

—Sí, Dick. Siempre lo supe. Creo que era algo ritual. No podían pertenecer al club si no existía algo en común con sus ídolos de entonces... Tonterías, ya te dije. ¿Por qué le das tanta importancia a todo eso?

—No, Doris. No son tonterías. Ni mucho menos. Hay algo, algo más que todo eso... Tenemos el perfecto problema policíaco, como lo hubiera planteado uno de aquellos genios... La muerte a distancia, el arma invisible, el recinto herméticamente cerrado, la ausencia de sospechosos, la aparente imposibilidad de cada crimen... Luego, está el culpable aparente, la coartada sorprendente, convincente para cualquiera...

—¿Coartada? ¿Qué coartada, Dick?

—Norman Ritcher y su expulsión. Esa junta de disciplina formada por viejos miembros de un club pasado de moda, que hizo de la literatura amarilla su credo... Un fantástico y siniestro viaje al pasado. Una incursión por las páginas ya envejecidas del viejo género... Un remedo absurdo pero tremendamente real de cualquier trama imposible de entonces. Unas buenas ideas, enlazadas para formar un problema criminal en la propia vida real... La literatura hecha carne. El crimen literario, transformado en muerte inexorable de un grupo de personas. ¡Los miembros todos del Club del Crimen!

—Pero... pero, Dick, eso es ridículo, no tiene sentido...

—Era lo otro lo que no tenía sentido, Doris. La historia de espionaje, el secreto oficial, el Gobierno en peligro y todo lo demás. Demasiado burdo para ser cierto. *Sir* Stanley puso el dedo en la llaga: Ritcher NO tiene *imaginación* para algo parecido.

—Pero... pero tú mismo dijiste...

—¿Que el asesino era Norman Ritcher? Todo el mundo lo cree. Dije siempre que había un noventa por ciento largo de probabilidades de que fuese culpable. Creo que me pasé en el porcentaje. Pero no importa. Es el otro diez por ciento el que cuenta. Ritcher NO ES el asesino, Doris.

—Pero entonces... ¿quién? ¿Por qué motivo, Dick?

—Por un motivo fantástico, tan irreal como ese Club del Crimen que sólo vive en la memoria anticuada de *sir* Stanley. En cuanto a quién... sospecho que sólo tenemos DOS sospechosos, Doris.

—¿Dos? —Se estremeció ella.

—Sí. Agatha Dickson... y *sir* Stanley Wallace.

—No estará hablando en serio, ¿verdad, Canary?

—Superintendente, ya lo hice una vez, y usted no lo creyó en principio. Fue cuando el libro, ¿recuerda? La idea le parecía grotesca, disparatada. Y, sin embargo, era completamente cierta.

—Pero... pero esto es ya demasiado, Canary... —se quejó el policía.

—De acuerdo. Es demasiado. Creímos enfrentarnos a un problema, y surgió otro.

—Cielos, ¿dónde está, entonces, Ritcher? ¿Por qué escapó sin dejar rastro? ¿Por qué le golpearon a usted Cuando estuvo en su casa curioseando?

—No sé. Hay todavía muchos puntos oscuros. Pero algo está claro para mí. Algo es evidente e indiscutible, superintendente. No estamos ante un crimen de *lesa patria*, ni ante un vulgar caso de espionaje atómico. Estamos, lisa y llanamente, ante una cadena de asesinatos maestros, geniales. ¿Recuerda lo que comentamos? Ritcher nos parecía odioso, pero admirable como creador de una forma de morir ingeniosa, astuta, burlona y cruel a la vez. Eso es lo que menos sentido tenía. Las facciones de Ritcher son de un hombre áspero y eficaz, de cerebro normal e ideas de técnico, no de imaginativo. No encajaba en él todo el tinglado montado en torno a los libros asesinos.

—¿Y encaja ahora, en su nueva teoría?

—Sí, superintendente. Encaja de modo doloroso, porque soy escritor de un género que se está utilizando como arma mortífera, al servicio de un cerebro agudo, brillante y lleno de desconcertantes ideas.

—Pero el motivo, Canary, ¡el motivo! —jadeó Ralph Allen, dando un seco golpe con su mano abierta sobre la mesa de su despacho de New Scotland Yard—. ¿Cuál es el móvil que guía a un asesino semejante, en este caso?

—El más ridículo e increíble de todos. Asistimos a una gran farsa montada por un director de escena lleno de fantasía. Los móviles no pueden sorprendernos, por insólitos que sean. Creo, superintendente, que jamás hombre alguno mató por las causas que

ahora han impelido a quitar cuatro vidas humanas, dejando otra en peligro latente.

—Aún no me ha dicho nada sobre ese motivo famoso...

—No va a creerlo. Sólo yo, como escritor, puedo imaginar lo que pensaba el asesino al planear y llevar a cabo esta trama diabólica... Sencillamente, un ser humano expuso un simple juego de audacia y de imaginación, de ingenio y de crueldad, donde cada víctima cobrada era un triunfo más para un libro que jamás se escribió realmente sobre el papel: el libro que llevaría la muerte al lector de manos de su propio autor.

—¿Me está haciendo pensar... me está dando a entender que un hombre, un ser humano, podría matar... sólo por juego, por pura diversión intelectual, por demostrar que es el más listo, por trazar en la vida misma una novela que jamás escribiría, usando sangre humana en vez de tinta, y cadáveres auténticos en vez de crímenes limitados a las páginas de un libro vulgar?

—Sí, superintendente —suspiró Richard Canary con lentitud, sombríamente—. Eso trato de decirle, exactamente. Nunca antes se mató tan sin razón. Y, sin embargo, dada la peculiar psicología de nuestro criminal, ése es su motivo más razonable, más lógico. Dentro de una lógica disparatada, si se quiere: la de un cerebro enfermo, la de un ser que hizo de la novela policíaca, de sus personajes y de su clima, un auténtico mundo interior capaz de absorberle incluso la compasión, la ternura y el sentido común.

—Un loco peligroso. ¡Un demente asesino! —jadeó el policía—. ¡Eso es lo que tenemos que buscar, Canary!

—No estoy demasiado seguro de que sea exactamente así. Yo diría... un psicópata. Un paranoico inteligente, astuto, peligrosísimo e implacable, que intentará a toda costa terminar su fantástica novela nunca escrita. Aún falta un lector por morir...

—¿*Un solo* lector? —dudó Ralph Allen, inquieto.

—Es obvio —se encogió de hombros Richard—. Cuatro miembros del Club del Crimen, compuesto de seis socios fundadores, han muerto ya. Quedan dos: *sir* Stanley Wallace y Agatha Dickson. Uno de los dos es el lector que debe morir.

—Y el otro...

—El otro, por supuesto, es el asesino. El autor que se burla de su lector, antes de matarle con su libro en blanco, compuesto sólo de

un prólogo sarcástico y sincero, y un mecanismo ingenioso de muerte.

—Cielos... ¿*Quién* de los dos es cada uno, Canary?

—No lo sé, señor. Y me gustaría saberlo. Si es *sir* Stanley, Agatha Dickson pelagra apenas regrese. Él sabe que conocemos la verdad, e intentará otro truco. Si descubre dónde vive ella estos días de descanso, puede matarla con la mayor facilidad. Si es la señorita Dickson la culpable... *sir* Stanley se salvará de este golpe calculado, pero ella no estará muy lejos de Londres, sino al acecho, esperando el resultado final de la quinta ejecución.

—Dios mío, es una situación endemoniada y terrible. El más simple error puede causar la última muerte...

—Exacto.

—Sólo que el culpable pagará al final...

—Eso creo que no le preocupa en absoluto. Habrá triunfado, si da fin a su obra. Y no le importará ir con la cabeza bien alta hacia la horca. Es el tributo a su propio éxito, y lo ha aceptado de antemano, estoy seguro.

—Canary, es algo enloquecedor. ¿Qué podemos hacer?

—No lo sé. Me temo que vigilar a *sir* Stanley estrechamente... y buscar por todas partes a Agatha Dickson...

En ese momento, sonó el teléfono de la mesa de trabajo de Ralph Allen. El hombre de Scotland Yard se apresuró a inclinarse, tomándolo con gesto ceñudo.

—¿Sí, dígame? —habló—. Superintendente Allen, en efecto... Oh, entiendo. Un telegrama por teléfono. Bien. Vaya leyendo, señorita, por favor. Escucho. Sí, sí, tomaré nota...

Rápido, tomó un bloc y una pluma que le tendía Canary; Empezó a escribir taquigráficamente, con celeridad; mientras repetía en voz alta el texto, con creciente tono de alarma y tensión, a medida que llegaba a su final:

«Londres, desde Colchester. Superintendente Allen, New Scotland Yard. Urgente. He localizado paradero señorita Dickson. Estoy aquí en Colchester y voy a reunirme con ella. Somos buenas amigas. La he telefoneado, y me espera. No sospecha nada, pero me indicó que viejos miembros Club del Crimen conocen

también su actual paradero. Vieja casa adonde fueron sus miembros algunas veces, hace años, sur ciudad Colchester, Dover Lane, 18. Saludos. *Iris Greene*».

—¡Irish! —Canary se incorporó, alarmado—. Irish se ha ido sola a Colchester, a reunirse con la señorita Dickson... No sabe que ella puede ser la culpable... o la sentenciada a morir. Y si los miembros del club sabían esas señas, el asesino LAS SABE AHORA.

—Espere —masculló Allen—. Avisaré a la policía de Colchester para que acuda allá enseguida, por lo que pueda suceder...

—Sí, hágalo, se lo ruego. Pero que se limiten a rodear la casa. Que no dejen entrar envoltorio alguno en ella, postal o no. Yo iré enseguida hacia allá.

—¿Pues qué cree que voy a hacer yo, Canary? —Se irritó el superintendente corriendo hacia la salida.

—De todos modos, iré por mis propios medios —dijo nerviosamente Canary—. No quisiera que le sucediese nada a Irish en Colchester... Ah, procure saber si *sir* Stanley continúa en Londres, se lo ruego...

—Sí, sí. —Allen llamó al sargento Muldigan apenas salieron, para que se ocupara de eso.

Pero Canary no esperó a más. Saltó a la calle, tomó un taxi y le indicó que le llevase directamente a Colchester, y a la mayor velocidad posible.

CAPÍTULO IX

Irish contempló asombrada a su interlocutora.

—Agatha, ¿qué estás diciendo? —murmuró, asustada.

La varonil expresión de la dama canosa se dulcificó un poco, pero su voz siguió sonando ruda al replicar:

—Ya lo oíste, hija mía. Me ha costado mucho trabajo decírselo a alguien. Ya que tú has venido a mi viejo refugio de Colchester, quiero que sepas la verdad. Tengo miedo. Mucho miedo. Estoy asustada...

—Pero... pero nada puede suceder no abriendo libro alguno, ya te lo dije, Agatha.

La anciana meneó la cabeza con pesimismo. Estudió a Doris, pensativa.

—No sé... Si el que mató a todos los demás cree que un libro ya no servirá para sus planes, recurrirá a otra cosa. Le sobra ingenio para ello, hija mía.

—¿Cómo va a descubrir este refugio, si sólo los viejos amigos lo saben?

—Es que... uno de esos viejos amigos mató a los demás, criatura.

—No, no es posible... —Abrió mucho sus ojos Irish—. Dick Canary cree que el culpable es un tal Ritcher. También la policía...

—¡Ritcher! ¿Ese tecnócrata de raras ideas políticas y turbios manejos? No, querida. No puede ser él. No tiene cerebro ni fantasía para algo así. Tuvo que ser uno de nosotros, lo sé.

—Pero... ¡pero sólo quedáis *sir* Stanley y tú! —Se horrorizó Irish.

—Exacto. El viejo Stan... —La mirada de la vieja dama casi se dulcificó un momento—. Me duele pensar que sea él. Creí que era más rutinario, aunque inteligente y apegado a algo que ya se quedó atrás para siempre... Pero no sobrevive nadie más. Ha de ser él. De

estar vivo, me hubiera inclinado por otro. Pero eso ya no hace al caso. Murieron los cuatro restantes.

—¿Por suponer con tal firmeza que UNO de los seis es el responsable de todo este horror sangriento, Agatha?

—Mi querida Irish, acabas de venir de la joven América, donde los crímenes se cometen con ametralladoras, explosivos, navajas o botellas rotas, y donde se mata a ritmo de danza moderna, espasmódica y violenta. Lo que nosotros leímos e idealizamos entonces, era diferente. No sé si tu amigo Canary llegará a darse cuenta de la verdad. Espero que sí, puesto que tiene cerebro y sabe utilizarlo. Pero sólo uno de nosotros sería capaz de enviar esos libros y matar con ellos a los demás. Ya has observado nuestros apellidos, nuestra manía de seguir fieles a un viejo sueño juvenil... Todo esto es ridículo, Irish. Pero trágicamente ridículo. Alguien ha montado su *grand guignol* y ha elegido a los personajes idóneos para trazar su novela sin papel ni letra impresa. Yo diría que uno, sólo uno de nosotros, tuvo un motivo, más allá de todo lo imaginable, para hacernos esto. Pero insisto: esa persona ha muerto. Tiene que ser Stan, el viejo y noble Stan, quien venga pronto a matarme... Irish, querida, te aconsejo que te marches. Si te sorprende aquí el asesino, es posible que no dude en eliminarte a ti también, en el apoteosis de su matanza.

—Has hablado varias veces de un hombre ingenioso, de un motivo... ¿Por qué no me cuentas eso, Agatha? —insistió Irish, curiosa.

La anciana la miró, preocupada. Se inclinó hacia ella, ávidamente.

—¿Me prometes... me prometes marcharte inmediatamente después que te cuente eso, pequeña? —apremió, tensa.

—Sí —la joven estudió sus ojos fríos y endurecidos. Luego, repitió—: Sí, lo prometo.

—Bien... —Agatha se echó atrás, con un leve jadeo. Crujió su asiento, en la pequeña casa aislada, en aquel suburbio de Colchester, al sur, frente a los acantilados, el mar y las gaviotas—. Uno de nosotros seis, Irish, era particularmente fantasioso, imaginativo y lleno de ideas. Debimos haberle admirado, pero tenía algo de ridículo, dentro de su propia persona, que le hizo ser la víctima de todas las burlas y chanzas del grupo durante años

enteros. Un día... un día se presentó todo ilusionado, con una serie de viejos volúmenes de misterios policíacos antiguos, auténticos hallazgos difíciles de encontrar en parte alguna. Eran libros forrados de rojo oscuro, lo recuerdo bien. Al menos una veintena de ellos. Lo consideraba como su tesoro, y se envanecía tanto de haber dado con aquellos raros ejemplares en una vieja librería de lance, que todos resolvimos mofarnos de él y quitarle sus humos. Confieso que no debimos hacerlo. Fue demasiado cruel. Lo cierto es que tampoco se pretendió llegar tan lejos, pero... pero al fingir que quemábamos los libros, para darle un susto que le hiciera bajar de su nube, se derramó una lata de combustible, pintura creo, y prendió de tal modo en aquellos raros volúmenes, que no dejó uno solo intacto.

—Pobre hombre... ¿Qué sucedió entonces?

—Nada. Es lo raro. Reaccionó extrañamente. Le vi lágrimas en los ojos, un temblor en sus labios. Miró con dolor mudo a sus libros calcinados, nos miró a nosotros de un modo raro y se alejó, con sus manos abrasadas en un vano empeño por intentar salvar algo de la pira llameante... Pobrecillo. Me dolió, pero también me dio escalofríos. ¿Sabes por qué, Irish? Porque en ese momento supe que aquel hombre se había tragado su cólera y su dolor, y eso no es buena cosa. Su mente asimiló aquel impacto de modo equívoco. Supe que nos odiaría ya de por vida. Y que alguna vez, no importaba cuando fuese... nos devolvería golpe por golpe...

—Parece encajar... Libros rojos, venganza guardada durante años hasta crear una horrible psicosis interna...

—Lástima que esté muerto, querida. No puede ser él, puesto que ha fallecido, víctima de ese engranaje asesino que alguien desató.

—¿Quién era él, Agatha? ¿Puedo saber su nombre? Me iré en cuanto me lo digas, palabra.

—Hazlo pronto. Temo más por ti que por mí. Soy vieja. Esperaré a Stan o a quien sea con entereza. Pero tú... Tú debes irte pronto. Me ha parecido ver gente afuera, en las esquinas cercanas. Deben ser policías. Ve a ellos.

—Policías... —Irish miró a la ventana, instintivamente—. Eso significa que estás a salvo...

—No, querida. Esta vieja casa tiene un pasaje secreto, como toda antigua casona que se precie en una novela demasiado vetusta y amarillenta... —rió burlona—. Algo a lo Edgar Wallace, ¿sabes? El

asesino, sea quien sea, sabe eso. Da a un viejo establo cercano, ya en desuso. Buscará la entrada. Vendrá a por mí...

—Pero ¿por qué no escapas, Agatha? Puedes hacerlo...

—No, querida. Más tarde o más temprano... el culpable me cazaría, estoy segura. Ya no vale la pena seguir huyendo. Dejaremos que ponga la palabra «fin» a su novela, tras morir el último lector.

Irish caminó hacia la salida, indecisa. Se detuvo un momento, antes de tirar de la hoja de madera, empuñando el pomo.

—El nombre... —susurró—. El nombre de esa persona, Agatha... ¿Quién fue el dueño de los libros quemados?

—El más fantástico e imaginativo de todos nosotros. También el más ridículo en lo físico. Tremendamente inteligente y sagaz, eso sí. Pero ha muerto, Irish, ya te lo dije; era... era John L. Biggers.

Irish abrió la puerta.

—Lo siento. Ya no puede usted salir —dijo fríamente John L. Biggers, asomando su rostro regordete, de sonrosadas mejillas y azules ojos ingenuos, en la habitación de la casona lúgubre de Colchester.

Irish emitió un grito ronco, palideciendo intensa mente.

El hombre que muriera en la explosión de la casa de Kensington, estaba allí, lleno de vida. Cerrándole el pasó al exterior. El paso a la libertad. A la vida, quizá.

—De modo que no me equivoqué... —musitó Agatha Dickson amargamente—. Eras tú, John...

El amigo de Canary asintió apaciblemente.

—Sí, era yo. Me lo juré hace muchos años. Aquellos libros míos, Agatha... Me prometí acabar con todos. Pero quizá nunca hubiera sucedido de no mediar el cáncer...

—¿Cáncer? —Enarcó las cejas hirsutas la vieja dama.

—Incurable —asintió con frialdad John L. Biggers—. Me corroe lentamente. Apenas un año de vida ya... Valía la pena cumplir lo prometido antes del viaje definitivo. Incluso la justicia será burlada.

—Siempre fuiste un genio, John, incluso para las ciencias. ¿Tú mismo manipulaste los isótopos que mataron a Sinclair Queen?

—Tengo acceso a la pila atómica del Gobierno. Preparé los radio-isótopos hace algún tiempo, en un envase hermético. Soy miembro de la Junta de Control Nuclear del Gobierno. No sospechó nadie de mí. Culparon de eso a Norman Ritcher.

—Ritcher... ¿Qué fue de él, Biggers? —quiso saber Irish, muy pálida.

—Muerto —la miró lánguidamente John L. Biggers—. Muerto, Irish. En mi lugar, en mi casa... Es el cadáver destrozado que hallaron. Nos parecíamos físicamente. Sólo cambiaba el rostro. Y ése no lo habrá podido reconocer nadie...

—Pero... ¡pero usted hablaba cuando Dick escuchó la explosión! —protestó Irish.

—La explosión... Oh, no. No fue entonces. Tenía grabada una explosión para emitirla en una llamada telefónica. No hizo falta que yo telefonease. Dick lo hizo, facilitando las cosas. Hice funcionar la grabación junto al teléfono, desconecté... Tenía cautivo ya a Ritcher, esperando el momento. Dispuse el libro, me ausenté sin ser visto... Sólo un minuto más tarde de la fingida explosión, tuvo lugar la verdadera. Un genial golpe de teatro, Irish. Tengo mucha imaginación. Los grandes autores dejaron su huella en mí...

—Una triste y penosa huella, Biggers —le acusó fríamente Agatha—. ¿Has venido a matarme también a mí?

—Es inevitable. Supe que no estabas en Londres. Imaginé dónde estarías. Utilicé el paso secreto.

—La policía está afuera —silabeó Irish—. ¡Le darán caza!

—Lo sé. No me resistiré entonces. Será el fin de todo esto. Pero aún falta Agatha. Y *sir* Stanley... Después, ellos me cogerán. Es inevitable. No ahora, preciosa.

—A ella no le harás nada —dijo Agatha con dureza—. A Irish, no. Ella no entra en tu diabólico juego de chiflado.

—No estoy chiflado. Y sí entra en el juego *ahora*. Irish, nunca debió usted venir. Dick Canary jamás me lo perdonará, pero debo hacerlo. Él siempre estuvo enamorado de usted, criatura. Le dolerá su muerte, pero yo no lo busqué. Usted misma vino a meterse en la boca del lobo.

—Es un crimen inútil —le acusó Agatha Dickson—. Aunque ella sepa que eres tú el asesino... no puede hacerte ningún daño. Nadie te lo puede hacer, puesto que esto toca a su fin, John.

—No discutiré eso, Agatha. Ni contigo ni con nadie. He decidido acabar con todo el que se interponga en mi camino hacia el fin. Sería una mala novela si al final no corriese peligro la heroína. Sólo que mi novela es demasiado original para que ella se salve en el

último momento...

—¿Cómo piensas asesinarlos? —murmuró la anciana—. ¿Por medios vulgares, John? Eso no estará a tono contigo y con el resto de la trama...

—No puedo elegir demasiado —sonrió, glacialmente él—. Pero esto no es demasiado vulgar tampoco...

Extrajo una mano del bolsillo de su sobretodo oscuro. Mostró algo entre los dedos. Las dos mujeres se estremecieron.

—¿Qué... qué es eso? —jadeó Irish, trémula, observando el recipiente de vidrio oscuro, dentro del cual se movía algo.

—Unos curiosos insectos tropicales —sonrió malignamente John L. Biggers—. Unos grandes y peludos moscardones de aguijón afilado, ávidos agresores del ser humano, a quien inoculan en la sangre un veneno paralizante, mortal de necesidad.

—Dios mío... —Tembló Agatha, observando aquel siniestro recipiente sostenido en el aire—. Eso, si lo dejas libre, será también tu final, John.

—Te equivocas —suspiró él—. Mi piel lleva ahora una sustancia especial que me apliqué previamente... Es inmune a esas picaduras, porque ahuyenta a los moscardones y hace inútil que intenten penetrar en la piel con su aguijón. Estos alados animalitos han venido de la jungla tropical americana, muy bien cuidados. Los adquiriré a un entomólogo amigo... y van a ser muy útiles ahora. ¡Feliz y breve agonía, queridas!

Luego, ante el doble grito de horror de ambas mujeres, estrelló el recipiente ovoide, de oscuro vidrio, contra el suelo.

Unas zumbonas, azuladas formas aladas, salieron en libertad, dirigiéndose rápidamente a ambas mujeres abrazadas. Bastaría un solo aguijonazo para causar la muerte cierta a cualquiera de ellas...

Sonriente, impávido, John L. Biggers clavó sus azules ojos ingenuos en ellas, y sus mejillas gordezuelas y sonrosadas se animaron con un vivo color de complacencia ante la terrorífica escena...

La muerte alada casi rozó la epidermis, los rojos cabellos de Irish Greene.

Un segundo más tarde, todo terminaría. La joven esperó el aguijonazo fatídico, abrazada a Agatha Dickson, que en vano pretendía cubrirla con su cuerpo.

Después, terminó todo.

Fue algo brusco, imprevisible. El ritmo de la obra maestra del crimen, imaginada por la mente de un asesino asombroso, se rompió de pronto.

Fue como destrozar unaafiligranada figura de porcelana o un objeto delicado en el más puro cristal. John L. Biggers se estremeció profundamente, echándose atrás con ojos llenos de estupor.

Los insectos, antes de tocar a ninguna de las dos mujeres, aquella docena de azules y peludos moscardones tropicales de especie prácticamente desconocida en Londres, empezaron a caer velozmente al suelo, con un mosconeozumbón e irritado. Allí se quedaron inmóviles. El aire olía fuertemente a insecticida. Una nube azulada se disolvía, sobre las cabezas de Irish y de Agatha.

—¿Qué significa...? —jadeó Biggers, angustiado.

Se volvió para huir, sin entender nada. Al abrir la puerta, la figura del superintendente Allen, la del sargento Muldigan y otros diez *policemen*, le cerraron el paso.

—John L. Biggers, dese preso. Si intenta huir, tendré que matarle —avisó el policía, revólver en mano.

Biggers apretó los labios con fría ira. Giró la cabeza. Con un plástico envolviendo su cabeza, con las manos enguantadas en celofán, entraba en la casa, por una ventana lateral, Dick Canary. En sus manos llevaba un pulverizador potente de insecticida en alta concentración.

—¡Dick! —gritó Irish, lanzándose a sus brazos.

Canary la acogió, contemplando los insectos abatidos tan oportunamente. Miró con tristeza y amargura a su amigo Biggers. Ambos hombres cruzaron sus miradas como dos aceros. Pero la guardia de Biggers estaba ya baja. Vencida definitivamente.

—John, supe todo mientras venía... —dijo Canary.

—¿Todo? ¿Cómo pudiste saber incluso... eso? —señaló a los moscardones de la muerte.

—Tu amigo, el entomólogo... Había denunciado la adquisición de esos abejorros tropicales, altamente venenosos. Lo hizo antes de tu fingida muerte por la explosión. Y al ver eso, temí lo peor, cuando el superintendente me alcanzó, en el viaje a Colchester, informándome. Además, el laboratorio de Scotland Yard acababa de descubrir que el muerto no sufría de cáncer alguno. Y que la cinta

magnética a medio destruir llevaba grabada una explosión potente. Imaginé enseguida tu escenificación de la muerte. Temí que esos abejorros fuesen tu arma final. Y logramos obtener este insecticida especial, poderoso, para abatir en el acto a los insectos mortíferos... *Sir* Stanley también nos ha referido ya la vieja historia de los libros quemados, del pasaje secreto de esta casa... y por él llegué yo sin ser visto por ti, John...

—Lástima. Es un mal final para un buen libro, Dick. No sabes escribir tramas policíacas.

—No, no sé hacerlo, fuera de mis folios mecanografiados, John. Yo no sé matar de otro modo a nadie. Ni crear misterios policíacos. Yo sólo quiero divertir al lector, no matarle. Tu novela era buena. Pero quizá demasiado original. Y demasiado cruel, ¿no crees?

—Tal vez. —Biggers se encogió de hombros, con cinismo, dejándose esposar por Ralph Allen y por el sargento Muldigan—. Debí matarte el día que te golpeé en casa de Ritcher, amigo Canary. Hubiera sido mejor para mí. Ellos, la policía, hubieran tardado demasiado en dar con la verdad. En cambio, tú...

—Yo puse la palabra «fin» a tu novela, sí —afirmó Dick Canary.

—De todos modos, te di una buena idea, Dick. ¿Por qué no empezar tu próxima novela con algo así como: «Muere, querido lector...»?

—Tal vez lo haga. Pero ningún lector morirá jamás mientras eso se limite a una ficción en papel impreso, Biggers... —Canary miró a Irish, le sonrió dulcemente, oprimiéndola contra sí, y añadió pensativo—: De momento, sólo pienso en esta novela que ahora termina. Éste, querido asesino, sí que es el...

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Gastón Leroux, escritor francés de gran fama por haber creado a los personajes Rouletabille y Cheri-Bibi, es autor de *El misterio del cuarto amarillo*, típico enigma en recinto cerrado... con final sorpresa, que se aparta de las tres dimensiones conocidas. < <

[2] Dick, es la abreviatura inglesa del nombre Richard. El personaje citado, Richard Canary, es aquí familiarmente llamado con ese diminutivo cariñoso que es «Dick». < <